Historias para los Pequeños Hijos de la Luz

Contadas por Sant Ajaib Singh Ji

Historias para los Pequeños Hijos de la Luz

Tal como fueron contadas
por Sant Ajaib Singh Ji

Edición preparada por Claudia Giacinto
Ilustraciones de Krista Huber
Composición del texto Zoë Tassencourt

ASOCIACION EL BOSQUE DE KIPAL
Ashram de Sant Bani
Subachoque (Cund.) Colombia
2010

ASOCIACION EL BOSQUE DE KIPAL
Ashram de Sant Bani

Primera edición (inglés) 1992
Segunda edición (inglés) 1996

Primera edición (español) 2010

Diagramación e impresión
Gente Nueva Editorial

ISBN: 978-958-98313-2-8

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Editado en Colombia
Asociación El Bosque de Kirpal
Ashram de Sant Bani
Subachoque (Cund.) Colombia
www.elnaam.org

Contenido

Introducción a la primera edición en español 5
Introducción a la edición en idioma inglés 6

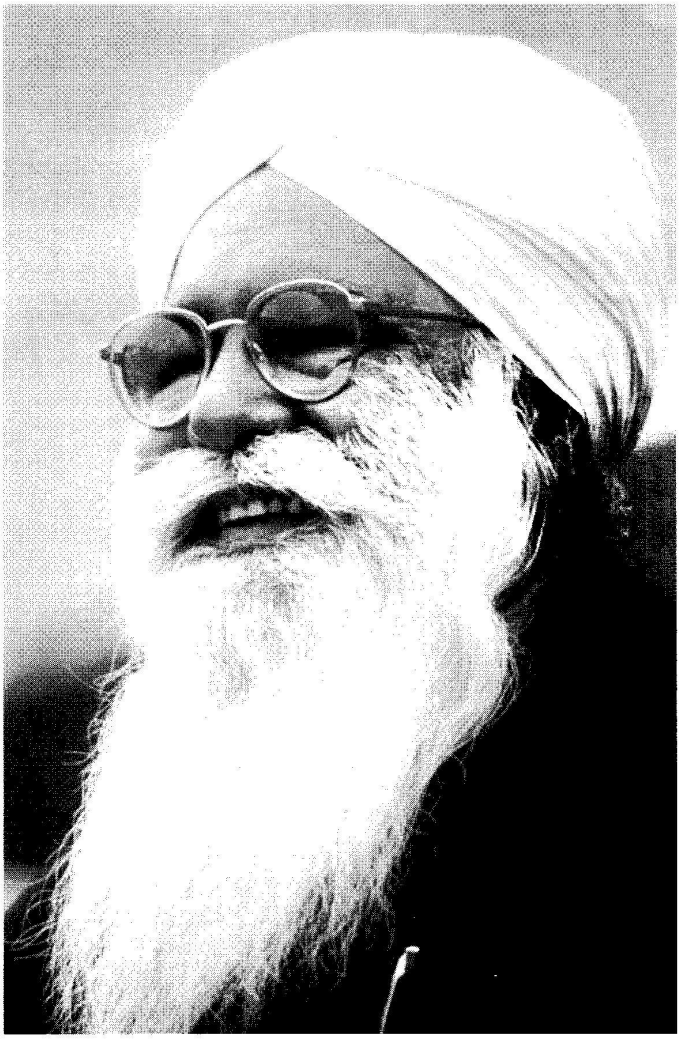
Este mundo fue creado a partir de una sola luz 4
El joven devoto de Dios 9
Un niño de nombre Farid 12
La creación de Kal 15
Prahlad 18
El largo viaje del hijo del comerciante 21
El rey de Bal Bokara 24
- La búsqueda 25
- Un visitante de la corte 27
- La felicidad del Rey 29

Para obtener la piedra filosofal 31
Arband: un nuevo nombre de Dios 34
Tres historias sobre Namdev 37
- Comida para los ídolos 37
- Telas para vender a Dios 38
- El carpintero divino 39

El chapati que hacía falta 41
El secreto de Vir Barbarú 44
La devoción de Shivri 47
El tigre y la vaca 49
En busca del culpable 52
La iniciación de Sukdev 54

APÉNDICE
- El Niño Místico 60
- ¿Cuánto me ama Dios? 62

Glosario de términos 63



Este mundo fue creado a partir de una sola luz

Ajaib Singh

Para mayor información sobre las enseñanzas de
Sant Ajaib Singh y del Maestro Viviente Sant Sadhu Ram
Por favor consultar la página
www.elnaam.org

INTRODUCCIÓN

A la primera edición en español

Se presenta al amado Sangat del Maestro una selección de historias relatadas por Sant Ajaib Singh a Sus amados discípulos. En esta edición las historias están contadas en un lenguaje al alcance de los niños de todas las edades, siguiendo las recomendaciones que el propio Sant Ji trazó a los autores de la edición en inglés, a partir de la cual se ha preparado esta edición en español.

La idea de esta publicación surgió en respuesta al pedido de varios padres del Sangat de Colombia deseosos de contar con material de fácil comprensión para compartir con sus hijos. Sant Ji habló varias veces sobre el destino de los hijos iniciados y las responsabilidades que tenían los padres de nutrir en ellos el amor al Maestro. El decía: *Los hijos nacidos en familias satsanguis son seres muy especiales. Son almas muy queridas. En la Corte del Señor se ha decidido que esas almas claramente han de regresar al Hogar Verdadero en el curso de su vida actual. Por esa razón recibieron nacimiento dentro de una familia satsangui. Es deber de los padres enseñarles disciplina y hacer que entiendan y transiten por el Sendero de los Maestros.* Luego los padres tienen un compromiso de profundo significado para la vida de los *pequeños hijos de la Luz.*

Con esta misma visión de las cosas, Sant Sadhu Ram recalca la importancia de llevar una vida espiritual mientras cumplimos con nuestros deberes de familia. El dice: *El Gurú Nanak escribió: "Yo he alcanzado la salvación mientras vivía con mi familia. Jugando con mis hijos, comiendo con ellos y compartiendo sus dichas y pesares, obtuve la liberación."* (La Gloria del Simran *p. 196).* El Maestro Sadhu Ram espera que Sus discípulos se conviertan en el conducto a través del cual llegue la Gracia divina hasta las pequeñas almas que forman parte del círculo familiar. *Si a uno de los miembros de la familia se le concede el Naam, con el paso del tiempo todos los demás lo obtendrán paulatinamente, porque el resto de la familia irá mejorando su vida poco a poco* (p. 198).

Somos por tanto muy afortunados de que el Maestro Sadhu Ram haya dado su aprobación a esta publicación, en abril del presente año en la India, cuyo destino son los padres e hijos del Sangat de habla hispana. Como complemento a las historias, se ofrece además por separado un cuadernillo con dibujos para colorear inspirados en las narraciones del Maestro.

En nombre del amado Sangat, quisiera agradecer expresamente a Claudia Giacinto y demás sevadares de Estados Unidos que hicieron la versión en inglés, así como a las personas que trabajaron en la traducción y corrección de textos en español, en particular: Roberto Vieira, Lissette Pavajeau, Carolina Quiñones y Rosalba Neumane. Gracias al amor que el Maestro puso en sus corazones todos seguiremos escuchando encantados las historias del Amor que nunca termina.

Fabio Ocaziones Jiménez
Bogotá, septiembre 2010

INTRODUCCIÓN

A la edición en idioma inglés

Los Santos acostumbran presentar verdades profundas en forma de historias y parábolas. Esas historias son utilizadas por los grandes místicos para hacernos entender la verdad que cada uno de ellos vivió personalmente. Además, resultan de ayuda para persuadir y motivar a quienes nos hemos propuesto transitar por el mismo camino e incorporar esas verdades a nuestra propia vida.

Las historias contenidas en el presente libro fueron extraídas de los *satsangs* de Sant Ajaib Singh, el Gran Maestro del Surat Shabda Yoga que vive actualmente en el Rajastán [N.T. Sant Ajaib Singh volvió a su hogar eterno en 1997]. El Maestro Sant Ji —como se le dice familiarmente— narró estas historias en repetidas ocasiones durante las charlas que impartía a sus discípulos.

Personalmente y durante muchos años, he vivido experiencias maravillosas narrando estas historias a mis propios hijos. Con frecuencia he notado su inmediata receptividad y su fascinación con ellas, a medida que exploramos su contenido y su mensaje.

En cierto momento pensé: "¿No sería maravilloso si estas historias se recopilaran en un libro especialmente editado para que los padres las leyeran a sus hijos? (¿O para uso en los *satsangs* de niños que se hacían en tiempos de Sant Ji?)". No pasó mucho tiempo antes de que planteara la idea a Sant Ji. Él respondió que podía comenzar a escribir el libro, y más tarde añadió que debía tratar de que fueran historias de fácil comprensión para los niños.

A medida que fui recopilando y editando las historias, me encontré con las siguientes citas de Sant Ji, en las que anima a los padres a compartir los relatos de los Santos con los pequeños miembros de la familia.

> *En la vida familiar, ustedes deberían contar a sus hijos historias benéficas acerca del amor y la compasión que el Maestro siente por ellos. Si les contamos este tipo de historias, empezarán a recordar con más frecuencia al Maestro y a sentir que Él los está guiando siempre. Escuchando las historias del Maestro, empezarán a sentir el mismo amor que los padres sienten por el Maestro. Y en muchos casos, recibirán incluso más gracia que ellos.*

* * *

> *Cuando yo viví en el ashram 77 RB de Kunichuk adopté a un niño llamado Gopi, que vivió conmigo ocho años. Cuando me sentaba a meditar, Gopi hacía lo mismo. Yo le contaba historias sobre el Maestro Kirpal y le decía que nunca sintiera temor de nada porque el Maestro lo estaba acompañando en todo momento. Le explicaba también que no había ningún poder capaz de causarle*

daño si recordaba la forma del Maestro. Gopi escuchaba las historias con mucho interés y llegó a sentir mucho cariño por el Maestro Kirpal. El resultado fue que Gopi veía con frecuencia a Kirpal durante la noche y me contaba los sueños hermosos que tenía con Él.

Cuando los hijos escuchan historias del amor del Maestro, empiezan a recordar al Maestro de una manera tan especial, que si se sientan a meditar lo ven internamente. Si ellos aman al Maestro y tienen fe en Él como resultado de las cosas buenas que les hemos contado, ustedes mismos podrán observar que el Maestro los protege incluso en lugares donde nadie más podría ayudarles.

En una ocasión, un niño de corta edad que vivía en la aldea de Sangrana, a unos tres kilómetros del ashram 77 RB, salió a caminar solo por los alrededores y, sin darse cuenta, recorrió la distancia hasta el ashram. Cuando se percató de que había llegado a otra aldea, ya había caído la noche. El pequeño sabía que debía volver al hogar de sus padres, pero estaba tan oscuro, que sintió mucho miedo de regresar. Así que, abrumado por el temor y la soledad, se sentó a la vera del camino sin poder moverse.

Ocurrió que esa misma noche, nosotros íbamos viajando en carro hasta la aldea 16 PS y pasamos muy cerca del sitio donde estaba sentado el muchacho. Sin embargo, cuando él vio la luz de las farolas de nuestro vehículo, se atemorizó aún más porque en su ignorancia de niño, pensó que esas luces iban a darle muerte. Y en el momento en que sintió más temor, se le apareció un anciano que le dijo: "No te preocupes, todo va a salir bien. Yo te estoy acompañando. Tan sólo espera a que llegue ese vehículo, y yo me encargaré de que te lleven a tu casa". Al acercamos al lugar donde estaba el muchacho, el Maestro de alguna manera nos hizo detener la marcha y ocuparnos del pequeño.

Cuando estuvo sentado en el vehículo, le pregunté qué le había sucedido. Yo sabía que habíamos encontrado al muchacho y lo estábamos llevando de regreso a su casa, tan solo por la gracia del Maestro. Entonces me contó que había sentido mucho miedo hasta cuando apareció ese anciano para ofrecerle ayuda. Le pregunté si él conocía a esa persona y me respondió que no. Aunque la familia del muchacho no era de iniciados, el Maestro acudió a protegerlo porque Él es todo misericordia. En la aldea del 77 RB era muy común que el Maestro se apareciera a muchas personas y de este modo, los acercaba al Sendero y les mostraba dónde encontrarme.

* * *

Por tanto, espero que todos ustedes que tengan hijos les enseñen sobre el amor y la compasión del Maestro.

Rajastán, 2 de noviembre de 1983

* * *

Ustedes deberían contar a sus hijos historias que los inspiren a estudiar mucho y obtener buenas calificaciones en el colegio, así como también historias que les ayuden a formar un buen carácter en la vida. Si les transmiten buenas enseñanzas, les estarán haciendo un gran beneficio. He dicho varias veces que los hijos nacidos en familias satsanguis son seres muy especiales. Son almas muy queridas. En la Corte del Señor se ha decidido que esas almas claramente han de regresar al Hogar Verdadero en el curso de su vida actual. Por esa razón recibieron nacimiento dentro de una familia satsangui. Y es deber de los padres enseñarles disciplina y hacer que entiendan y transiten por el Sendero de los Maestros.

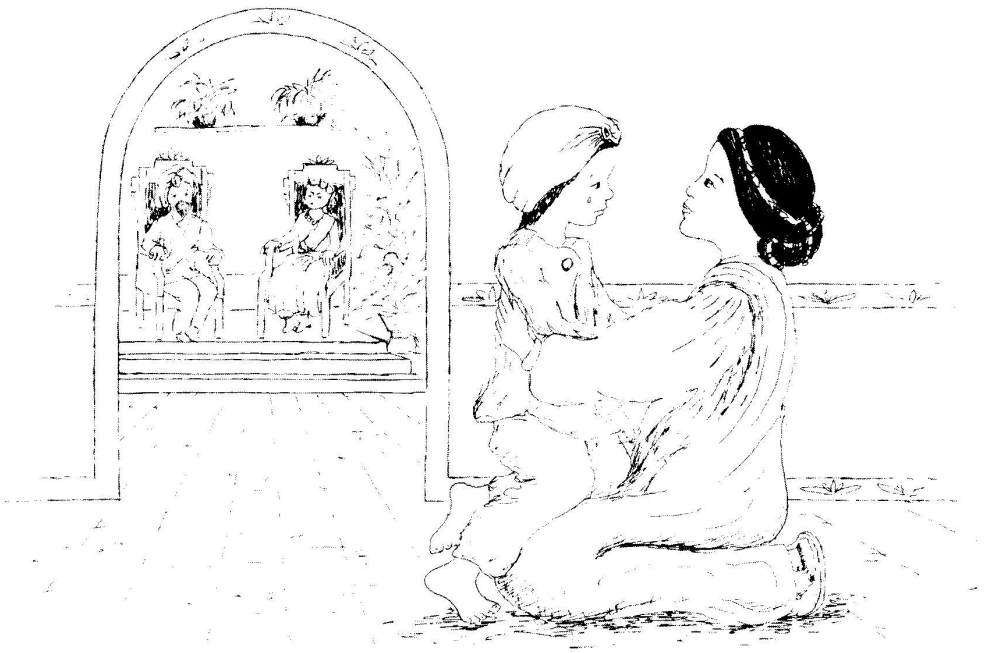
Australia, 28 de abril de 1985

Al final de este libro se presentan dos lecturas adicionales de interés para los niños. La primera contiene un breve y profundo resumen de la vida de Sant Ji, y la segunda es una explicación del amor que Dios tiene por todos nosotros. Si bien no se trata de citas textuales de los escritos de Sant Ji, su contenido y los comentarios que las acompañan están hondamente inspirados en los escritos del Maestro. Espero que tanto padres como hijos encuentren provechosas estas lecturas.

Por último, quisiera agradecer a Don Macken, a los esposos Dick y Susan Shannon, y a Jane Jorgensen, por su ayuda profesional y amorosa para poner este libro en manos de todos nosotros; igualmente a Brian Tate y Connie Brown, por el material suministrado; también a Tom Giacinto y a Nicolás, así como a Marvin y Harriet Reimer, por su contribución y apoyo. Y por sobre todo, agradezco al hermoso Santo Ajaib Singh, quien ha enseñado a mi alma todo cuanto ha aprendido.

Claudia Giacinto
Timber Cove, California
Primavera de 1996 (segunda edición)
(La primera edición se imprimió en 1992)

Las historias narradas en esta edición dedicada
a los Pequeños Hijos de la Luz
viene acompañada de un Libro para Colorear



El joven devoto de Dios

Desde los tiempos más remotos este mundo ha visto nacer almas valientes, almas que han dedicado su vida a la búsqueda de Dios Todopoderoso. Tanto mujeres como hombres han transitado por el sendero sagrado. Pero quizá las almas más bendecidas de todas, han sido los niños y niñas que complacieron al amado Señor Dios y se convirtieron en santos desde cuando eran jóvenes. Una de estas almas fue un niño de nombre Dru, que vivió hace mucho tiempo en la India y a quien todavía se le recuerda en su país debido a su devoción.

Dru era un príncipe que vivía en un gran palacio, ya que era el hijo mayor de una reina. El padre de Dru era el rey, y el rey tenía no una sino dos esposas. Sin embargo, por cosas del destino, la madre de Dru no era la favorita del rey. Su reina preferida era la esposa más reciente, y ella se sentaba todo el día al lado del rey disfrutando de su mayor atención.

Cuando Dru tenía cinco años de edad, cierto día terminó de jugar fuera del palacio y entró corriendo a ver a su padre. Iba dando saltos y corrió directo hacia el rey, que en ese momento se encontraba sentado junto a su reina favorita. Dru comenzó a trepar al regazo cómodo de su padre, pero antes de que pudiera lograrlo, la reina lo detuvo y le dijo: "¡Si quieres sentarte en el regazo de tu padre, tendrías que haber nacido de mi propio cuerpo!".

Al escuchar las palabras tan severas de la reina, Dru se sintió horrorizado. Con tristeza y temor en su corazón, corrió en busca de su madre. "¡Madre!", exclamó el niño, "¿eres una reina verdadera o únicamente la esclava del rey?" Ella con mucho amor le explicó: "Amado hijo, claro que soy la reina. Pero no recibo el trato honorable que merece una reina, porque en una vida pasada no realicé buenas actos. Por eso, el rey buscó una nueva esposa y a ti no se te permite disfrutar la compañía de tu padre." Dru pensó detenidamente en sus palabras y luego dijo: "Madre, dime qué debo hacer para convertir a mis enemigos en amigos; yo quiero ser amigo de todo el mundo." La madre de Dru le contestó: "Querido hijo, sólo hay una forma de ganar el amor de todas las personas del mundo, y consiste en ofrecer tu corazón y tu mente a Dios. Si meditas en el Naam de Dios, puedes hacer cualquier cosa, incluso convertir a un enemigo en tu propio amigo."

Con las palabras de su madre grabadas en el fondo de su corazón, Dru comenzó a sentir un gran anhelo de conocer a Dios y de hacer esa sagrada meditación de la que hablaba su madre. Cada día que pasaba crecía ese sentimiento en su corazón, hasta que un día ya no pudo esperar y confiando en la protección de Dios, Dru decidió abandonar la seguridad de su hogar y las comodidades del palacio para ir en busca del camino que conducía a Dios. Era un niño de sólo cinco años, sin embargo, abandonó la única casa y familia que había tenido para ir a vivir solo en lo profundo del bosque.

Libre ya de su condición de príncipe y convertido ahora en un humilde implorante de la misericordia de Dios, Dru trató de meditar pero no sabía cómo hacerlo. Como Dios siempre brinda ayuda a los amados hijos suyos que desean encontrarlo, la dificultad que tenía Dru llamó la atención de un hombre sabio y de divinidad llamado Narada. Desde su hogar en lo más elevado, Narada podía ver que un joven valiente había emprendido la búsqueda de Dios, pero que no tenía manera de encontrarlo porque ningún Maestro vivía cerca de él. Y entonces, queriendo asegurarse de que el niño fuera guiado de manera correcta por el camino espiritual, Narada se le apareció a Dru en el bosque con el propósito de enseñarle personalmente.

Lo primero que hizo Narada fue probar a Dru, diciendo al niño: "¡Fíjate en ti mismo. No eres más que un niño! ¿Por qué te empeñas en meditar? ¡Nunca lo lograrás!" Narada sabía que si hacía desistir al niño de la búsqueda de Dios, eso quería decir que no estaba listo para meditar. Pero muy pronto se dio cuenta de que Dru no tenía intención de abandonar su búsqueda sagrada, ya que ninguna de las palabras del sabio hizo cambiar de parecer a Dru. Y entonces, al comprobar la fuerza del deseo que animaba al niño, Narada lo inició en el sagrado Naam.

Después de haber sido puesto en el sendero que durante tanto tiempo había anhelado encontrar, Dru comenzó a practicar la meditación. Meditó tanto de ese momento en adelante que con el tiempo se convirtió en un ser perfecto. Y así como una gota de agua

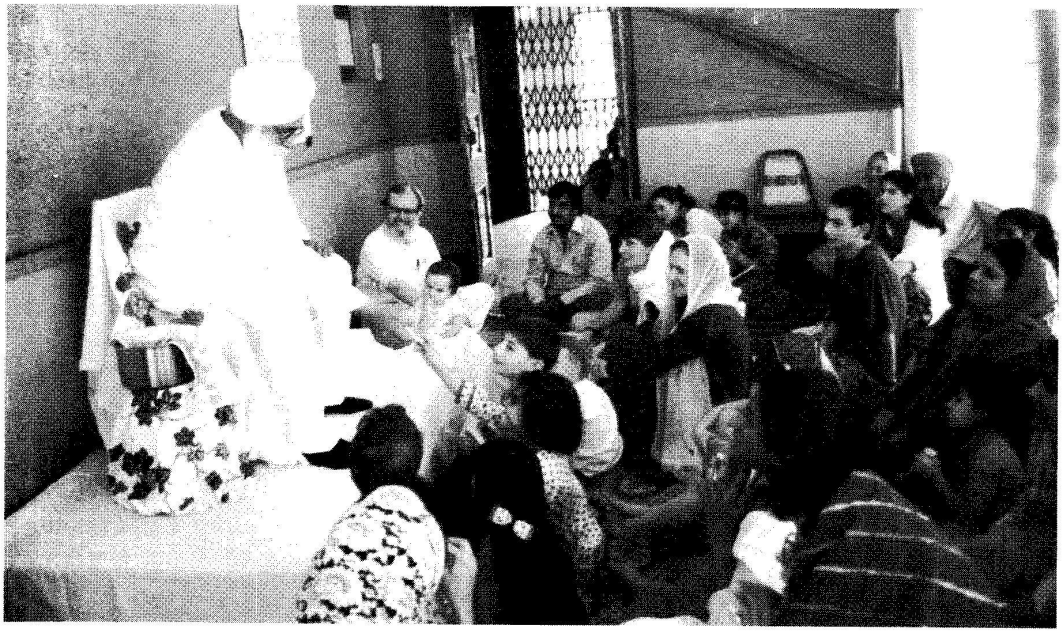
cristalina se alegra de reunirse de nuevo con su madre-océano, Dru también sintió una enorme felicidad de ver nuevamente a Dios. Y con la gracia del Señor, el corazón de Dru encontró su verdadero hogar.

La fragancia de un Santo es suave y delicada, y la noticia de un ser así no se puede ocultar por mucho tiempo. Y así ocurrió con Dru. Con el tiempo, el padre de Dru se enteró del éxito que había tenido su hijo con la meditación y quiso ir a verlo. Cuando el rey finalmente se encontró frente a Dru, su hijo ya no era aquel niño que había renunciado a su reino. Era una persona que había crecido en sabiduría y belleza y el rey se sintió inmensamente atraído hacia él.

"Ven", dijo el rey a Dru, "regresa al lugar que perteneces. Ahora soy un anciano y ha llegado el momento de que reines en mi lugar". Pero Dru había comprendido desde mucho tiempo atrás que su verdadero hogar estaba en lo interno. "No, padre", dijo Dru con mucho amor, "el reino que me estás ofreciendo es irreal y no tiene valor para mí. Mi reino ahora es la región de Sach Khand".

• • •

Aunque Dru era un niño de tan sólo 5 años, sentía un gran anhelo de hacer la devoción de Dios. Gracias a este anhelo, obtuvo sus deseos. El meditó desde cuando era niño y recibió el premio más elevado de la vida. De esta manera, llegó hasta el hermoso y resplandeciente hogar de Sach Khand, y allí conoció la verdadera felicidad.



Un niño de nombre Farid

Cuando Farid era apenas un niño, su madre, que meditaba mucho, le contaba a su hijo de la meditación. Ella era una muy buena meditadora y había ascendido muy alto en lo interno, de manera que se propuso compartir ese regalo con su hijo.

Un día la madre dijo a Farid: "Hijo mío, es hora de que aprendas a meditar. ¿Quieres ensayar?" Farid le respondió: "¿Por qué quieres que yo medite? ¿Acaso Dios me regalará dulces si medito?" La madre de Farid, que sabía cuánto aman el dulce los niños, le dijo: "¡Claro que sí. Dios te dará dulces, pero además te hará rico!" Al escuchar esto, Farid se animó y dijo: "Muy bien, meditaré."

La madre de Farid entonces desenrolló un tapete de los que habitualmente se usan para sentarse a orar, e hizo que su hijo se sentara allí cómodamente. "Ahora, hijo mío, cierra tus ojos y recuerda a Dios. Si lo haces, Dios te regalará dulces!" -le dijo ella. Farid entonces cerró los ojos y al cabo de unos minutos, su madre regresó. "Bueno, hijo mío" -dijo ella con satisfacción- "abre los ojos y observa lo que has recibido de Dios". Cuando Farid examinó bajo el tapete, encontró allí un dulce que parecía muy delicioso, luego lo tomó y lo llevó de inmediato a la boca. Farid estaba muy feliz con el sabor del dulce.

Durante los dos días siguientes, ocurrió algo parecido. Al tercer día, la madre pensó: "Voy a averiguar si Farid está meditando porque tiene un verdadero deseo de meditar, o porque yo le pedí que lo hiciera." Y decidió ponerlo a prueba para conocer la verdad. Al siguiente día dijo a Farid: "Hoy puedes dejar a un lado tu meditación, si quieres, y hacer algo diferente." Sin embargo, Farid se negó a aceptar la propuesta, y dijo muy seriamente: "¡Madre, tengo que sentarme a meditar ahora mismo! Dios quiere darme más dulces y no quisiera hacerlo esperar." Y luego de eso, se sentó y cerró los ojos.

Al comprobar la madre que Farid disfrutaba realmente la meditación, decidió darle una prueba de la verdadera "dulzura" de la meditación. Como ella era un alma muy elevada, estaba en condiciones de dirigir su atención hacia su hijo y elevarlo en meditación hasta el punto donde se siente la felicidad que proviene de Dios, y que en realidad, *es* Dios mismo.

Más tarde, Farid abrió los ojos y escuchó las misma palabras que su madre le decía al término de la meditación: "Querido hijo, revisa bajo el tapete y encontrarás allí lo que Dios te ha dejado hoy." Sin embargo, en aquel día algo había cambiado para Farid; algo que era totalmente nuevo. Farid no se apresuró a tomar el exquisito dulce que seguramente estaba allí oculto. Mostraba una plácida sonrisa en su rostro, aún antes de llevar a la boca el dulce de vivos colores, y estaba allí sentado con un brillo como el de una flor bajo el sol del medio día. Un instante más tarde dijo Farid: "Madre, el sabor de los dulces es muy delicioso, la leche con miel también, pero nada de este mundo es tan dulce y agradable como el Naam de Dios. ¡Esa es la mayor dulzura de todas!"

Hoy día, leemos sobre la vida de *Sheikh* Farid en los libros de historia, porque con el tiempo él llegó a convertirse en un gran Santo y ayudó a muchas personas. Pero la historia de su amor por Dios, y del amor que Dios tuvo por él, comenzó en realidad en aquel momento cuando amó más el Naam de Dios que el dulce.

* * *

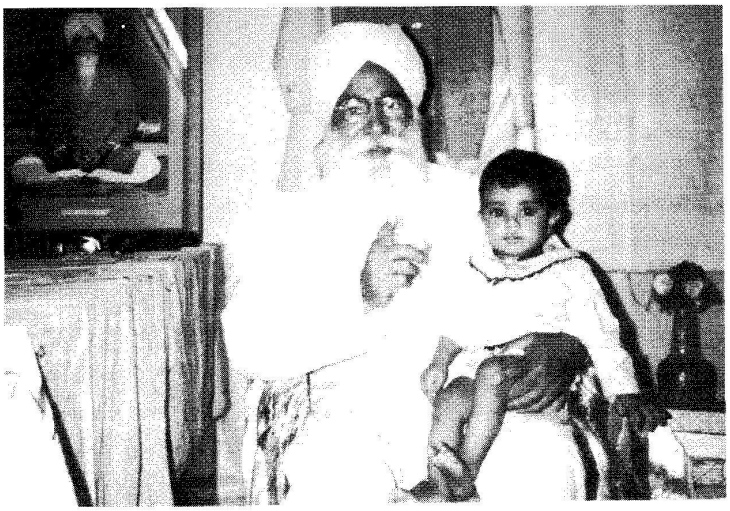
Los niños que se crían en familias satsanguis, a veces sienten la curiosidad natural de preguntar por qué los miembros de la familia o sus amigos quieren meditar. Ellos quizá se pregunten: "¿Qué es la meditación?" ó "¿Por qué las personas se sientan a meditar?" Estas son buenas preguntas.

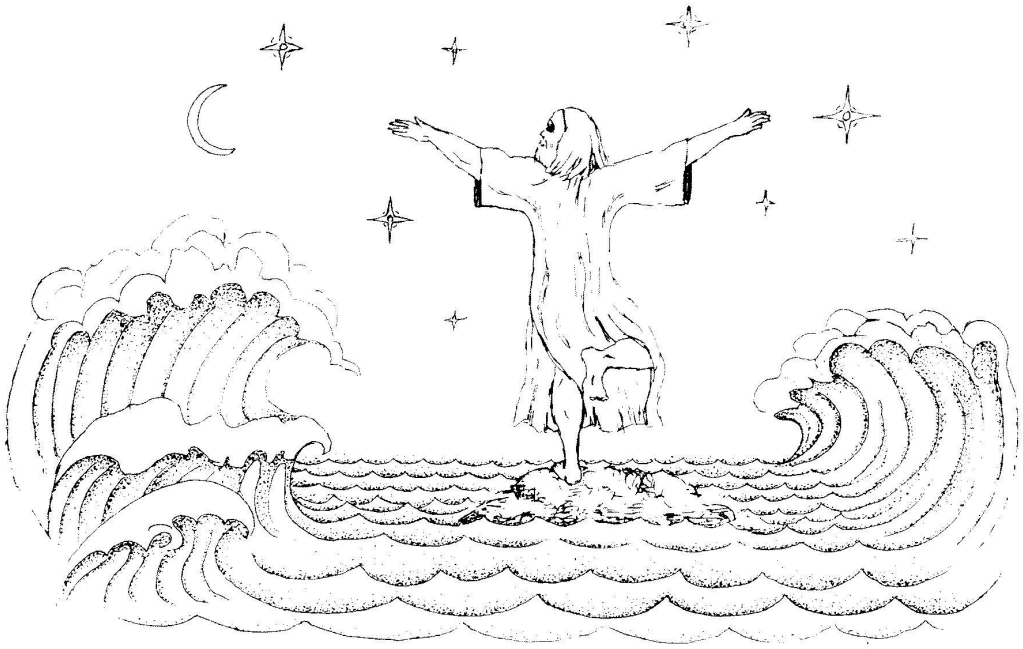
Se puede preguntar, ¿por qué meditan las personas? Y la respuesta es: ¡Meditan porque sienten felicidad de hacerlo! El gran santo Kirpal decía en una ocasión: "Con la práctica, una persona puede internarse en el Reino de Dios que hay dentro de uno mismo, y sumergirse cada vez que quiera en Su fuente de la Felicidad." Si una persona hace la meditación, puede comenzar a sentir la presencia de Dios a cada instante. Y en eso consiste la verdadera felicidad.

Los Maestros nos dicen que la sensación de felicidad que buscamos al ir a un cine, al dar una caminata por el bosque o jugar con nuestra mascota, esa sensación ya está dentro de nosotros. Lo único que debemos hacer es llegar hasta ella. Los Maestros nos dicen que la sensación de felicidad se obtiene siempre que concentramos la atención en una sola cosa, siempre que dejamos de pensar en muchas cosas al mismo tiempo y nos concentramos en una sola. Si a una persona le gusta el fútbol, se sentirá feliz de asistir a un juego de fútbol, porque durante ese tiempo le prestará atención a una sola cosa y tendrá esa sola cosa en su mente.

Lo mismo se aplica cuando jugamos a algo que nos gusta. Nos sentimos tan felices jugando a eso que quizá nos olvidamos de todo lo demás. Algo así es la meditación. La diferencia está en que la felicidad de ver o jugar algún deporte dura tan sólo mientras dure el juego. Cuando el juego termina, desaparece la felicidad. En cambio, cuando meditamos le estamos prestando atención a Dios, pero Dios no se aleja de nosotros un solo instante. Dios no tiene fin. Todas las cosas del mundo cambian y algunas incluso a veces desaparecen. Pero Dios jamás cambia. El niño llamado Farid descubrió hace muchos años lo que sentía enfocando toda su atención en Dios, por lo menos durante un breve instante. Hoy día, nosotros tenemos la oportunidad de vivir la misma experiencia.

Cuando conocemos a un Maestro Perfecto y El nos enseña a meditar, se nos da la misma oportunidad que obtuvo Farid de ver y escuchar cosas hermosas dentro de uno mismo que la mayoría de personas tan sólo puede imaginar. En un momento así la luz de Dios alumbra dentro de nosotros y sentimos muchas bendiciones. Y cuando escuchamos los sonidos dulces y maravillosos de Dios repicando dentro de nosotros, jamás volveremos a sentirnos solos. Así es como llegamos a sentir el infinito Océano de Amor que Dios comparte con nosotros y que, en realidad, somos <u>nosotros</u>. Y entonces, al igual que el pequeño Farid, ¡nos sentimos inmensamente felices!





La creación de Kal

En un comienzo tan sólo existía Dios. Cuando Dios decidió dejar de ser uno y convertirse en muchos, creó a Sus hijos. Uno de esos hijos era Kal Niranyan, el Poder Negativo, quien recibió nacimiento de la parte más hermosa del cuerpo de Dios. Más tarde, las almas recibieron nacimiento a partir del Océano de Amor, que era Dios mismo. Las almas eran gotas del océano eterno de Dios y fueron creadas como resultado de Su amor. Las almas vivían en Dios, bebían de Su néctar y se sentían muy felices.

Para obtener la complacencia de Dios, Kal Niranyan realizó una práctica muy difícil. Meditó sostenido en un pie durante millones y millones de años. Fue un tiempo tan largo que Dios sintió compasión por él, y al ver la devoción de Kal quiso premiar a ese hijo, a quien quería tanto como a sus otros hijos. Entonces, Dios preguntó a Kal: "¿Por qué has hecho esta práctica tan difícil? ¿Qué quieres que te regale?"

Kal respondió: "Tu creación es muy pequeña para mí. Quiero hacer mi propia creación, donde yo pueda ser Maestro y hacer lo que me plazca." Y Dios le dijo: "Muy bien, puedes ir y crear tus propios mundos." Pero Kal también le pidió a Dios las almas, diciendo: "Necesito que haya vida en mi creación. Tú eres el único que puede crear la vida. Luego, te ruego que me entregues algunas almas para poblar los mundos que voy a crear."

Dios como un padre amoroso que es, sintió misericordia por su hijo Kal, y le dijo: "Bien, puedes llevarte las almas." Pero en el fondo de Su corazón, Dios quedó preocupado por la suerte de las almas en el reino del Poder Negativo. Y pensó: "¿Cómo puedo proteger a estas almas queridas que están hechas de mi propia esencia?" Entonces Dios indicó lo que debían hacer: "Las estoy enviando a vivir en el mundo creado por Kal, en donde él les habrá de proporcionar muchas cosas." Al escuchar que iban a tener que abandonar Sach Khand, las almas preguntaron: "¿Cómo sabremos que Kal nos tratará bien y que nos dará buenos sitios donde vivir?" Dios les prometió: "Si Kal les causa dolor, lo único que deben hacer es llamarme y acudiré a rescatarlas. Kal creará muchos cuerpos en los que ustedes tendrán que vivir. Algunos serán de animales, otros de insectos o vegetales, pero además les dará el cuerpo humano al menos una vez. Si ustedes me llaman con gran anhelo mientras estén en ese cuerpo, acudiré a rescatarlas."

A continuación Dios impartió sus órdenes a Kal, y dijo: "Forma tu creación, pero asegúrate de dar el cuerpo humano al Santo mío cuando lo envíe a tu mundo. Además debes dar un cuerpo humano a cada alma que haya terminado su recorrido por los cuerpos inferiores." Kal aceptó todo lo que Dios le pedía, y dijo: "Acataré tus órdenes, pero el Santo que envíes no debe contarle a las almas que vivan en mi creación sobre sus vidas anteriores y tampoco debe hacer milagros. Quiero que las almas sientan que yo les he dado un cuerpo bueno, así sea un cuerpo enfermo o deforme." Kal sabía que si las almas se daban cuenta de la infelicidad de sus vidas, todas ellas anhelarían regresar al hogar.

Así pues, las almas fueron conducidas hasta el mundo de Kal y allí, en medio de multitud de formas y colores, fueron inducidas a olvidar quiénes eran y de dónde habían venido. Las almas, que habían esperado encontrar una vida muy buena en el reino de Kal, con el tiempo comenzaron a sentir el dolor de vivir bajo órdenes de Kal. Se sentían atrapadas e infelices, y entonces las almas gritaron pidiendo ayuda a Dios y Dios las escuchó. El hizo llamar a su amado hijo Kabir y le indicó: "Dirígete al mundo y regresa con todas las almas que tengan el anhelo de volver a mí."

Kabir siguió las órdenes de Dios y se dirigió al mundo creado por Kal. Cuando Kal lo vio aproximarse, sintió preocupación y dijo a Kabir: "Dios me ha concedido esta creación, pero ahora tú vienes a arruinarla! ¡Más bien deberías darme algo!" Y luego trató de engañar a Kabir pidiendo que le revelara secretos sobre sus discípulos. Le dijo: "Si me dices cuáles almas van a recibir la iniciación, me cuidaré de no molestarlas!" Kabir sabía que el verdadero propósito de Kal era encontrar la forma de perturbar a las almas, luego se mantuvo en silencio. En ese momento Kal sintió temor y entonces le mostró a Kabir una forma aterradora de sí mismo para que supiera cuan poderoso era. Sin embargo, Kabir no sintió temor porque sabía que la gloria de Dios lo acompañaba.

Al darse cuenta Kal que no había podido engañar a Kabir con sus artimañas, entonces le declaró la guerra. Dijo a sus súbditos: "¡Kabir es mi enemigo. El ha venido a llevarse a las almas, así que deben crearle problemas!" Y a partir de ese momento Kal dirigió todas sus fuerzas contra Kabir. En una ocasión, Kabir fue amarrado y colocado dentro de una bolsa y luego arrojado a los pies de un elefante enloquecido. Pero el elefante sabía que Kabir era el amado de Dios y evitó pisarlo, a pesar de todo cuanto lo inducían a lastimarlo. En vez de eso, se acercó al Santo e inclinó su cabeza ante El.

En otra oportunidad Kabir fue atado de pies y manos con pesadas cadenas de hierro, luego le adhirieron al cuerpo unas pesas, y en esa condición fue arrojado al río Ganges con la intención de que se ahogara. Pero ayudado por la gracia de Dios, las cadenas se rompieron y Kabir flotó hasta la superficie del agua en donde se sentó con las piernas cruzadas, como si estuviera meditando.

Kabir realizó el trabajo que Dios le había encomendado y rescató a lo ancho del mundo muchas almas que estaban anhelantes. El viajó a muchos lugares diciendo a las almas: "¡Ustedes están viviendo en una tierra extraña! Vuelvan su atención hacia adentro y escuchen el sonido que proviene del verdadero hogar. Dirijan la mirada hacia dentro y verán la luz de su verdadero hogar!" Kabir fue el primer santo en venir a este mundo por el bien de las almas. Y como Dios estaba protegiendo a sus hijos, El estableció un sendero que conducía directo a El mismo y envió a los Santos a guiar a las almas de regreso a Su Océano de Amor. Mientras en el mundo haya almas que imploren la ayuda de Dios, El enviará a los Santos a mostrarles el camino de regreso.

* * *

¿Cómo se siente regresar a Sach Khand después de tanto tiempo de ausencia? Para darnos una idea, Kabir nos ha contado la historia de Su discípula, la reina Indra Mati. Cuando la reina Indra Mati sintió que era insoportable vivir en este mundo, le rogó a Kabir, su Maestro, que la condujera de regreso al Hogar, y El así lo hizo. Cuando Indra llegó hasta la puerta de Sach Khand sintió mucha felicidad tan sólo contemplando todo aquello que estaba ante sus ojos. Y cuando atravesó la puerta, todas las almas acudieron felices a saludarla, la abrazaban y le cantaban himnos de bienvenida. Ella fue recibida con muchos honores. Las almas le decían: "¡Eres un alma bendita! Has visto y reconocido al Gran Maestro. ¡Qué bueno que te hayas liberado de Kal. ¡Ven con nosotras, Indra Mati, a recibir el darshan de Dios!" Las almas caminaban emocionadas al lado de Indra Mati y cantaban himnos de felicidad y rogaban por una vislumbre del Señor. Cuando Dios les reveló su encantadora forma, los rostros de estas almas embellecieron. Ellas se inclinaron respetuosas ante su Señor y dirigieron su atención hacia El. Indra Mati contempló la forma deslumbrante de Dios frente a ella, bebió de Su resplandeciente néctar y se sintió desbordante de dicha. Dios entonces colocó Sus dos manos sobre su alma y ella sintió tanta felicidad como el loto cuando florece al rayo del sol. En ese momento, ella resplandeció con la luz de 16 soles!

Prahlad

En las lejanas tierras de Multán vivía un rey de nombre Hirnakash que tenía un poder muy especial. Los dioses le habían concedido el beneficio de que nadie, ya fuera hombre o animal, podía darle muerte. Tampoco podía morir de día ni de noche; ni encontrar la muerte dentro o fuera de una edificación. Por todo eso, Hirnakash era un rey orgulloso y egoísta, y pensaba: "En la tierra no hay criaturas diferentes a hombres o animales. Todos los momentos son de día o de noche, y todos los sitios a donde llega el sol son dentro o fuera de un edificio. ¡Luego es claro que no moriré jamás! Viviré por siempre. No cabe duda: soy Dios!"

Así que el rey proclamó a todos los habitantes de Multán: "¡Hirnakash es Dios. De ahora en adelante todos deberán rendirme culto a mí!" Y todas las personas tuvieron que obedecer la orden del rey. Todos comenzaron a alabar el nombre de Hirnakash y a ofrecerle sus oraciones, puesto que no era prudente ir contra la voluntad del monarca. A todo lo ancho de Multán se escuchaba una nueva clase de oración: "¡Hirnakash está en el cielo y está en el mar. Hirnakash vivirá por siempre!". Todos los habitantes del reino alababan a su nuevo Dios de esta manera.

Sin embargo, Dios Todopoderoso no estaba complacido de ver que las inocentes almas de Multán iban guiadas por un mal camino. Para corregir las cosas, Dios envió a la tierra un alma de mucha pureza que nació como hijo del rey y recibió el nombre de Prahlad.

Cuando Prahlad tenía edad para aprender sobre el mundo fue enviado al colegio junto con los demás niños de Multán. Como era un colegio del reino de Hirnakash los libros escolares estaban llenos de himnos y oraciones en alabanza del rey y los niños tenían que repetirlos todos los días.

Un día mientras la clase repetía sus oraciones habituales, Prahlad comenzó a escucharlas de una manera diferente. Mientras los alumnos cantaban diciendo: "Hirnakash está en todas partes" "Hirnakash vivirá por siempre", como lo hacían todos los días, Prahlad escuchó una voz desde lo más profundo de su alma que lo hacía pensar lo siguiente: "Dios es el único que está en todas partes. El es el único que vive por siempre. ¿Cómo puede el rey ser Dios?" Y con este pensamiento hondamente impreso en su corazón Prahlad comenzó a batir las palmas de las manos y a cantar con ritmo festivo las palabras "¡Dios, Dios, Dios!", hasta que todos los niños de la clase de Prahlad comenzaron a repetir el canto de "¡Dios, Dios, Dios!" mientras batían las palmas de sus manos al igual que él.

Tan pronto el profesor se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, comenzó a ponerse nervioso y a preocuparse por el castigo que le daría el rey si supiera lo que estaban diciendo los niños. Así que decidió dirigirse de inmediato a Hirnakash e informarle lo que había ocurrido. "Majestad", dijo angustiado el profesor delante del rey, "¡Vuestro hijo va por mal camino y está conduciendo a los demás niños de la clase por ese mal camino!".

El rey entonces hizo llamar a Prahlad a su presencia, con la intención de corregir su conducta. Pero, a pesar de todos los esfuerzos que hizo para demostrar a su hijo que él era Dios y que no había un Dios diferente a él, Prahlad se limitaba a decir: "Padre, yo tengo que adorar al verdadero Dios de mi alma. ¿Quién más sino El puede ayudarme a elevarme por sobre este mundo?"

Finalmente, al darse cuenta el rey de que eran inútiles todas las palabras dirigidas a su hijo, perdió todo control de sí mismo. Y en un ataque de ira, desenfundó la espada de su sitio y comenzó a golpear salvajemente a Prahlad, con el ánimo de librarse de él de una vez por todas. Pero a pesar de lo temible y afilada que sin duda era la espada del rey, no logró siquiera tocar a Prahlad. Prahlad estaba bajo la protección de Dios.

El rey se calmó por un momento, y pensó: "Si Prahlad no cumple con adorar al dios Hirnakash, aunque sea mi hijo, tendrá que ser castigado!". Con este propósito, el rey ordenó que Prahlad fuera llevado a lo alto de una colina y desde allí arrojado al vacío. Pero, al igual que antes, Prahlad no sufrió ningún daño. Cayó completamente a salvo en brazos de Dios.

Pasado un tiempo, a la hermana del rey llamada Holka, se le ocurrió una cruel idea. Holka era una hechicera que había recibido de los dioses el poder de estar protegida contra el fuego. Para librar al reino de la presencia de Prahlad, ella ordenó que se prendiera

una gran hoguera dentro de la cual ella se sentaría con Prahlad. Su planes eran sentar al niño en su regazo y mientras las llamas ardían a su alrededor, Prahlad sería el único que moriría, porque ella estaba protegida debido a sus poderes ocultos. Sin embargo, las llamas respondían a un poder todavía superior. A medida que crecía el fuego y enormes llamas envolvían a Holka y al joven Prahlad, el niño se mantuvo sentado en su sitio sin una sola quemadura, mientras la malvada Holka perdió la vida en la hoguera que con tanto entusiasmo había ordenado construir para hacerle daño a Prahlad. Una vez más, Prahlad estaba a salvo gracias a la inmensa protección de Dios.

Al final, viendo el rey que ninguno de sus planes le hacía el menor daño a Prahlad, inventó un nuevo plan. Hizo construir una enorme columna tan ancha como el tronco de un gran árbol y cuando ya estaba construida fue calentada hasta el punto de producir chispas. Y entonces el rey dijo a Prahlad: "¡Ahora veremos si tu Dios te protege de verdad o no! Te ordeno que coloques tus brazos alrededor de esa columna ardiente."

Antes de que Prahlad pudiera sentir temor, Dios se le manifestó en la forma de una diminuta hormiga que caminaba sin prisa de un lado para otro sobre la superficie de esa columna ardiente, y sin que mostrara señales de dolor. Al notar que la hormiga no ardía, Prahlad se sintió animado a hacer exactamente lo que Hirnakash le ordenaba. Felizmente y con plena confianza en Dios, Prahlad acercó el cuerpo a la superficie de la columna ardiente y colocó sus brazos firmemente alrededor de la columna.

En ese momento sucedió algo inesperado. Tan pronto Prahlad rodeó la columna con sus brazos, la columna se enfrió y explotó enviando una masa de escombros por todas partes. Y del centro de la explosión salió Dios en la forma de una fiera enorme llamada Narsing, mitad hombre y mitad león. Y como ya había llegado el atardecer, cuando no es de noche ni de día, el todopoderoso rey Hirnakash fue atrapado en el umbral de la puerta del palacio, un sitio que no es ni afuera ni adentro, y encontró la muerte como un ser humano cualquiera. Pero Prahlad, aquel puro y pequeño devoto de Dios, quedó a salvo. En el momento que más lo necesitaba, Dios acudió a protegerlo, así como El ha protegido desde los tiempos más remotos a todas las criaturas que lo aman y tienen fe en El.

El largo viaje del hijo del comerciante

Había una vez un comerciante que siempre asistía al Satsang. Sin embargo, una vez no pudo asistir y le pidió a su hijo que fuera. El hijo era todavía muy joven y nunca antes había asistido al Satsang, pero aquel día escuchó dos cosas: debes ser siempre bondadoso con los pobres y con las vacas porque ellas son sagradas. Y además, debes tratar bondadosamente a los Santos.

Al día siguiente, mientras el hijo atendía por sí solo la tienda del padre, una vaca se acercó a la tienda y comenzó a comer del grano que tenían para la venta. El hijo pensó: "Dios ha bendecido a mi familia con muchas cosas. ¿Qué daño puede haber si esta vaca toma parte de este alimento?" Un momento después, el padre regresaba a la tienda y al ver la vaca dentro de la tienda, dijo a su hijo: "¿Estas ciego? Esa vaca está tomando de nuestro alimento y tú no te has molestado en espantarla!" El hijo respondió: "Padre, ayer en el Satsang escuché que debíamos ser bondadosos con las vacas y la gente pobre. Nosotros ganamos suficiente dinero, ¿qué daño puede haber si compartimos una parte de nuestros alimentos?" El padre reaccionó con ira y le dijo: "Si yo hiciera todo lo que piden en el Satsang, sería un hombre pobre! ¡Vete de mi casa. Tú no eres un buen hijo!"

Así que el muchacho abandonó su hogar, se dirigió a las afueras del pueblo y tomó un camino que conducía a lugares muy distantes. Cuando apenas había caminado un corto trayecto, el joven encontró una serpiente a punto de atrapar y comerse una rana. La rana luchaba por escapar, porque no quería perder la vida. El hijo del comerciante ayudó a la rana a ponerse a salvo, pero de inmediato se dio cuenta que la serpiente tenía mucha

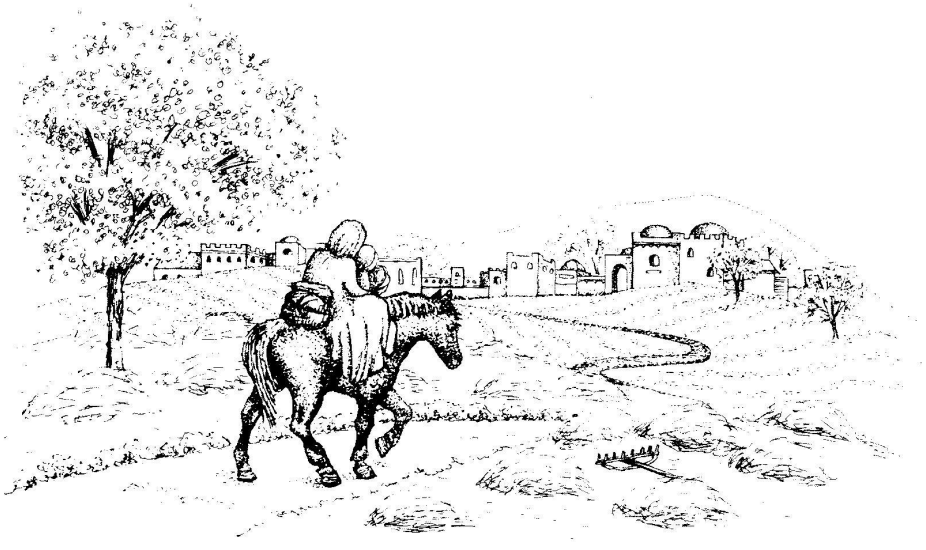
hambre. Esa rana era el único alimento que la serpiente había atrapado durante varios días y ahora la había perdido. Al ver esta situación, el joven tomó su cuchillo y cortó un pedazo de carne de su propio cuerpo y con ella alimentó a la serpiente.

El joven siguió su camino, aunque se sentía muy adolorido. Más adelante encontró una anciana que cargaba algo muy pesado en su cabeza y viajaba acompañada de un niño. Al ver al hijo del comerciante, la anciana dijo: "Querido hijo, te agradecería mucho si me ayudaras a llevar esta pesada carga." El hijo del comerciante actuó entonces con la misma consideración que lo había hecho con la vaca, la rana y la serpiente, y ayudó a la anciana a llevar su carga, aunque seguía sintiendo mucho dolor.

A lo largo del camino, la anciana acompañada del niño y del hijo del comerciante, se encontraron con una persona que iba llevando un caballo por la rienda. La anciana entonces le dijo al hijo del comerciante: "Querido hijo, llevo un poco de dinero conmigo. Si deseas, te lo puedo dar para que compres este caballo y así todos podremos cabalgar durante el resto del viaje." Y así lo hizo. Compró el caballo y todos, la anciana, el niño y el hijo del comerciante, cabalgaron hasta llegar a una ciudad donde pasaron la noche.

Al día siguiente la anciana dijo: "Querido hijo, todavía me queda algún dinero que quisiera darte. Por favor acéptalo para tu propia comida y comienza con él algún tipo de negocio." El hijo del comerciante aceptó el ofrecimiento de la anciana y siguió su consejo. No pasó mucho tiempo antes de que obtuviera un empleo en la corte del rey.

Ocurrió que el rey de aquel lugar tenía un anillo mágico que le daba el poder de jugar con las hadas del cielo. Y un día mientras el rey se bañaba en la piscina del palacio, perdió el anillo que llevaba puesto. El rey ofreció una recompensa por recuperarlo, y anunció a los



miembros de su corte que daría lo que fuera a la persona que lo encontrara. Al escuchar esto, el niño que venía acompañando a la anciana y al hijo del comerciante, dijo: "Voy a recuperarlo!", y se sumergió en la piscina del rey y no tardó en salir con el anillo. El rey agradecido le dijo: "Puedes pedir ahora lo que quieras." El niño le respondió: "No deseo nada para mí. Quisiera que dieras la recompensa al hijo del comerciante. Dale tu hija en matrimonio y algún día él también podrá ser rey."

Y así ocurrió. El hijo del comerciante y la princesa se casaron y en el transcurso del tiempo, él se convirtió en rey. Viendo entonces que el hijo del comerciante vivía muy cómodamente como rey de aquel lugar, la anciana, el caballo y el niño le dijeron: "Ahora que vives muy bien aquí y tienes un buen futuro por delante, es hora de que nos vayamos." Y poco después, iniciaron su viaje de regreso a casa, mientras el hijo del comerciante convertido en rey los acompañaba caminando a su lado.

Luego de un tiempo caminando, el niño le dijo al hijo del comerciante: "Ha llegado el momento en que debo dejarte, pero antes de irme quisiera preguntarte si sabes quién soy en realidad." El hijo del comerciante respondió: "No, no lo sé". Y el niño entonces dijo: "Soy la rana a la cual salvaste de morir de la serpiente con hambre. Regresé a ti en la forma de un niño para pagarte por tu bondad. Nací con la misión especial de ayudarte. Gracias a que encontré el anillo, el rey te ofreció su hija en matrimonio y luego te convirtió en rey. Ahora que te he pagado, es hora de irme." Y diciendo esas palabras el niño desapareció.

El hijo del comerciante, el caballo y la anciana continuaron su camino. Y seguidamente el caballo se expresó diciendo: "Querido hijo, ¿sabes quién soy yo en realidad?" "No, no lo sé", respondió el hijo del comerciante. Entonces el caballo le explicó: "Soy la serpiente con hambre a la cual alimentaste con la carne de tu propio cuerpo. Vine en la forma de caballo a pagarte por ese amable favor y a cargarte en mi lomo hasta la ciudad donde te convertiste en rey. Ahora que te he pagado por la ayuda que me diste, yo también debo irme." Y entonces desapareció.

La anciana era la única que lo acompañaba. Más adelante por el camino, ella dijo: "Oh, querido hijo del comerciante, creo que tú tampoco sabes quién soy yo. Pero te lo voy a decir. Yo soy la vaca que se acercó a comer el grano de tu tienda. Fuiste muy bondadoso en dejarme comer y no alejarme de allí cuando tenía hambre. Ahora he venido como una anciana a pagarte tu bondad. Te ayudé a mejorar en la vida con el dinero que compraste el caballo, tuviste de comer y encontraste un empleo. Ahora que te has convertido en rey he cumplido mi misión." Y antes de marcharse, ella añadió: "Te convertiste en un rey porque pusiste en práctica aquello que aprendiste en el Satsang. Fuiste bondadoso conmigo y con las demás criaturas que encontraste. Si sigues asistiendo al Satsang y practicas las cosas que aprendes allí, recibirás la mayor de todas las felicidades. Guía tu vida por las enseñanzas de los Santos y ellos te liberarán de este mundo." Y luego de darle este consejo, la anciana desapareció.

El rey de Bal Bokara

Hace mucho tiempo vivía en la ciudad de Bal Bokara un rey de nombre Ibrahim Adham. Como era el gobernante supremo de esa provincia vivía en un hermoso palacio rodeado de muchos lujos y riqueza. Hasta la cama donde dormía era muy especial. Estaba arreglada con las flores más fragantes y escogidas tan sólo para disfrute del rey. Sin embargo, a pesar de todas las comodidades que tenía el rey Ibrahim, su corazón suspiraba con un hondo anhelo de encontrar a Dios.

Una noche, como respuesta a las oraciones que le dirigía el rey, Dios envió a su amado Santo Kabir, disfrazado como un simple pastor de camellos, hasta el palacio de Ibrahim. Cuando el rey descubrió a ese llamado pastor, estaba caminando como un intruso sobre el techo del palacio real, como si estuviera buscando algo que hubiera perdido.

El rey quedó sorprendido de ver que un extraño había burlado la vigilancia de sus guardias y había penetrado hasta sus habitaciones privadas. "¿Quién eres tú?", preguntó el rey, "y ¿qué estás haciendo aquí sobre el techo del palacio?" Kabir le respondió: "¡Estoy buscando unos camellos que he perdido!" Al escuchar una explicación tan difícil de creer, el rey le gritó: "¡Eres un tonto! ¿Cómo esperas encontrar camellos en este sitio?"

Kabir entonces le respondió: "¡Busco los camellos en el techo de este palacio, así como tú pretendes encontrar a Dios durmiendo en una cama cubierta de flores!" El pastor se marchó, pero el rey Ibrahim se quedó pensando en las palabras del Santo. "¿Por qué no le pregunté a esa persona cómo entonces podía encontrar a Dios?", se dijo el rey.

A la mañana siguiente, el rey recibió una nueva visita de un misterioso desconocido que logró ingresar hasta la corte real, sin haber sido invitado. Era un visitante tan poderoso que los guardias no pudieron hacer nada para impedirlo. El desconocido pasó frente a los criados del palacio como si no estuvieran allí presentes, caminó directo hasta el rey y se dirigió a él con tono de voz firme: "Quisiera pasar la noche en este hotel. ¿Qué debo hacer?"

El rey estaba tan sorprendido de escuchar que se llamara hotel a su gran palacio que apenas acertó a decir: "Señor, esta edificación no es un hotel. ¡Es el palacio real!" El desconocido, quien en realidad era Kabir, preguntó: "Muy bien, si este palacio no es un hotel, ¿me podría decir cuántas personas además de usted han vivido en este sitio?" El rey pensó un instante en la pregunta de aquel desconocido y le respondió: "Todos mis antepasados han vivido en este palacio. Fue el hogar de mi padre y de mi abuelo antes que él. Ha sido, en efecto, el hogar de todos los reyes de Bal Bokara a lo largo de cientos de años."

Kabir miró al rey con sus sagrados ojos, y dijo: "Si por este sitio han pasado tantas personas y luego se han marchado, ¿no es realmente un simple hotel para viajeros?" Y diciendo estas palabras, aquel desconocido desapareció. Sin embargo, el sonido de las palabras del Santo quedó resonando en los oídos del rey, y permaneció largo tiempo pensando en lo que había escuchado. "Aquel hombre estaba diciendo la verdad", pensó Ibrahim, "nadie permanece aquí para siempre, así que este gran palacio no es mejor que un hotel. Pero, ¿por qué no le pregunté dónde encontrar el verdadero hogar?" De todas formas, el rey Ibrahim comenzó a sentir que Dios lo estaba llamando.

La búsqueda

A partir de aquel momento, el anhelo de encontrar a Dios empezó a crecer en el corazón del rey Ibrahim con un ardor tan grande como nunca antes había sentido. Impulsado por su amor a Dios, el rey de Bal Bokara abandonó su elegante palacio y empezó a recorrer el mundo buscando al verdadero maestro de quien recibir sus enseñanzas. En sus viajes escuchó acerca de la lejana India y de sus grandes hombres de santidad, y decidió orientar su búsqueda hacia ese país. Cuando el rey finalmente encontró a Kabir, supo que su larga búsqueda de un Maestro había terminado. "¡Maestro!", dijo el rey llorando e inclinándose ante el santo, "mi único deseo es permanecer aquí contigo. Por favor, enséñame el camino para encontrar a Dios." Kabir le respondió con mucho amor: "¿Cómo puedes permanecer aquí y aprender de mí si yo vivo como un pobre tejedor y tú eres un rey?" El rey, agobiado

por el cansancio y habiendo aprendido una lección de humildad durante su larga y penosa búsqueda, respondió: "No soy un rey. Soy apenas un mendigo. Dame de comer lo que desees y el trabajo que mejor te plazca, lo único que te pido es que me permitas vivir a tu lado".

El rey de Bal Bokara recibió entonces permiso de quedarse a vivir con Kabir, como era su deseo. El pasó seis años desempeñando labores domésticas en la casa de Kabir, tales como tejer, hilar y cualquier otra tarea que se le pidiera. Mata Loi, la dulce y amorosa esposa de Kabir, observaba con gran asombro al rey viéndolo trabajar duramente sin quejarse y sin pedir nada a cambio. Finalmente, ella se acercó a Kabir y le expresó sus pensamientos, diciendo: "Kabir, este pobre rey ha vivido durante varios años con nosotros como un humilde sirviente y sin recompensa alguna. ¿No es tiempo de que reciba algo por su esforzado trabajo? ¿Por qué no le das ya la iniciación?"

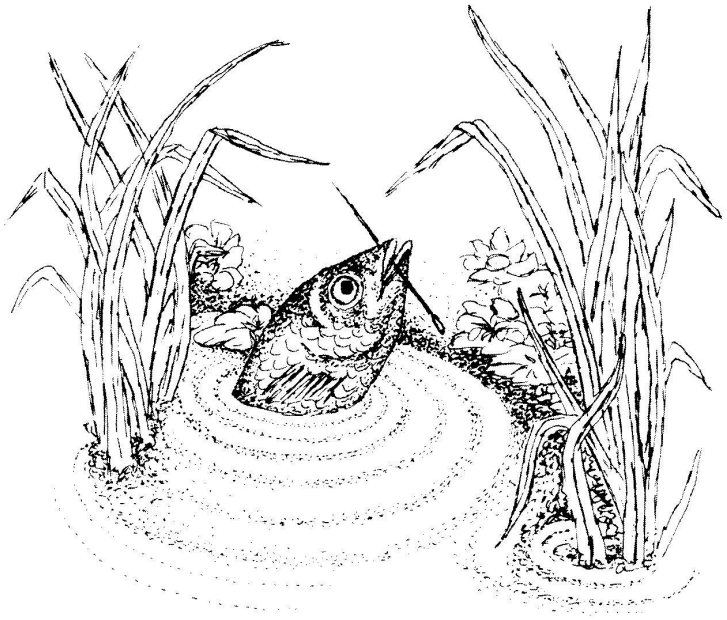
Kabir miró a Mata Loi con seriedad y le dijo: "Aún no está listo". Mata Loi no podía creerlo. Ella había visto con sus propios ojos la transformación del rey. "Bueno, lo someteremos a prueba", sugirió Kabir, "y si pasa la prueba, recibirá la iniciación". Kabir pidió entonces a Mata Loi que para preparar la prueba llevara una canasta llena de desechos de legumbres hasta el techo de la casa. Y agregó Kabir: "Cuando yo llame a Ibrahim a mis habitaciones, desocupa la canasta de basura sobre la cabeza del rey. Veremos cómo reacciona."

Kabir entonces llamó al rey diciendo: "¿Podrías por favor traerme el abrigo?" De inmediato, Ibrahim se dirigió hacia la puerta de Kabir llevando el abrigo colgado del brazo. Pero tan pronto el rey llegó a la puerta, le cayeron de lo alto cortezas y pedazos de basura y quedó con la cabeza cubierta de extractos y desechos vegetales. De inmediato el rey, que había estado tan silencioso y estaba aprendiendo a vivir con humildad durante seis largos años, se enfureció y gritó: "Si estuviéramos en Bal Bokara, me encargaría de haberte hecho castigar!" Y sin saber quién le había arrojado la basura, le gritó en alta voz las mismas palabras de ira que hubiera utilizado en caso de haber estado en su palacio real. En ese momento Mata Loi se dio cuenta de aquello que Kabir había tratado de hacerle entender. El rey les había servido lealmente, pero en el fondo de su corazón todavía pensaba como un rey. Era claro que necesitaba un poco más de tiempo, antes de quedar listo para transitar por el Camino hacia Dios.

Pasaron seis años más. Ibrahim siguió realizando sus tareas y sirviendo a la familia de Kabir sin el más mínimo pensamiento acerca de su propia comodidad, tal como venía haciéndolo. Un día Kabir dijo a Mata Loi: "Bueno, el rey ya está listo." Mata Loi comentó: "Pero es la misma persona de hace seis años. ¡No veo ningún cambio en él!" Kabir dijo: "No, te voy a mostrar la diferencia. Ibrahim ha tenido un gran cambio."

En esta ocasión, Kabir pidió a Mata Loi que para poner a prueba al rey, recogiera basura, desechos y la peor clase de suciedad y sin dejarse ver, esperara en lo alto del techo

Al ver al rey, el primer ministro exclamó: "¡Qué sorpresa! ¡Es el Rey Ibrahim en persona! He estado esperando que regreses a tu reino y seas de nuevo nuestro rey en Bal Bokara. He cuidado de todas tus cosas durante los últimos doce años, pero yo no puedo ser el rey. Tú necesitas volver a serlo. Por favor regresa."



En aquel momento el rey se encontraba remendando en silencio una vieja almohada, y como respuesta a la pregunta del primer ministro tomó la aguja con la cual cosía y la arrojó a las profundas y rápidas aguas del río. "Bueno", dijo finalmente el rey, "volveré contigo si puedes devolverme la aguja que acabo de arrojar al río."

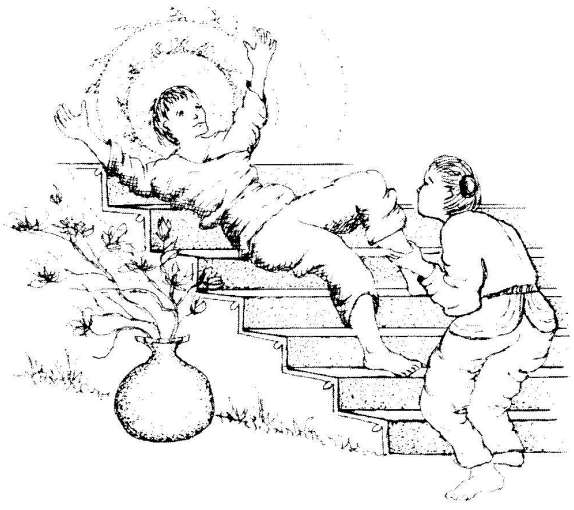
El primer ministro observó desanimado el agua oscura y helada, y dijo: "Puedo traerte miles de agujas como ésta, si me das media hora para conseguirlas!". El rey dijo: "No, quiero esa misma." El rey dirigió entonces la mirada hacia el río con su divina atención puesta en el agua, y de repente un pez saltó a la superficie con la aguja en la boca. Como Ibrahim era un ser perfecto, hasta los animales deseaban servirle. A continuación, el rey dijo a su ministro con palabras amorosas: "Distinguido señor, si tu poder como primer ministro no es tan fuerte como para traerme esta pequeña aguja, entonces ¿de qué sirve? ¿No será mejor el poder que hizo saltar a ese pez fuera del agua?" Y añadió: "Ahora, por favor sigue tu camino. No necesito el reino de Bal Bokara. He recibido el reino de Sach Khand."

La felicidad del Rey

El rey de Bal Bokara jamás regresó a su reino. Una vez lo visitó un hombre quien le preguntó con ánimo de burlarse de él: "¿Has sido feliz alguna vez desde que dejaste tu reino?" El rey contestó con toda humildad: "Si, puedo contarte al menos dos veces en las cuales fui muy feliz."

"La primera vez yo estaba viajando en un barco. A bordo del barco había un mercader rico que tenía muchos sirvientes. Los sirvientes se esforzaban para complacer a su amo. Con el ánimo de hacerlo reír decidieron montar un espectáculo gracioso. Ocurrió que yo era la persona más pobre y menos importante del barco, luego parte del espectáculo consistía en venir corriendo hasta mí y golpearme en la cabeza de manera graciosa. Al ver cuánto disfrutaban de esto el mercader y los sirvientes, me sentí muy feliz. Tiempo después durante el viaje, el capitán empezó a temer que el barco se hundiera. Nos dijo a todos: "Llevamos exceso de peso a bordo, tenemos que arrojar a alguien al mar con el fin de salvar el barco." Como yo no tenía familia, entonces me escogieron a mí. Pero en aquel momento yo recordé a Dios y el barco recobró la estabilidad. Me sentí muy feliz de saber que el barco estaba fuera de peligro."

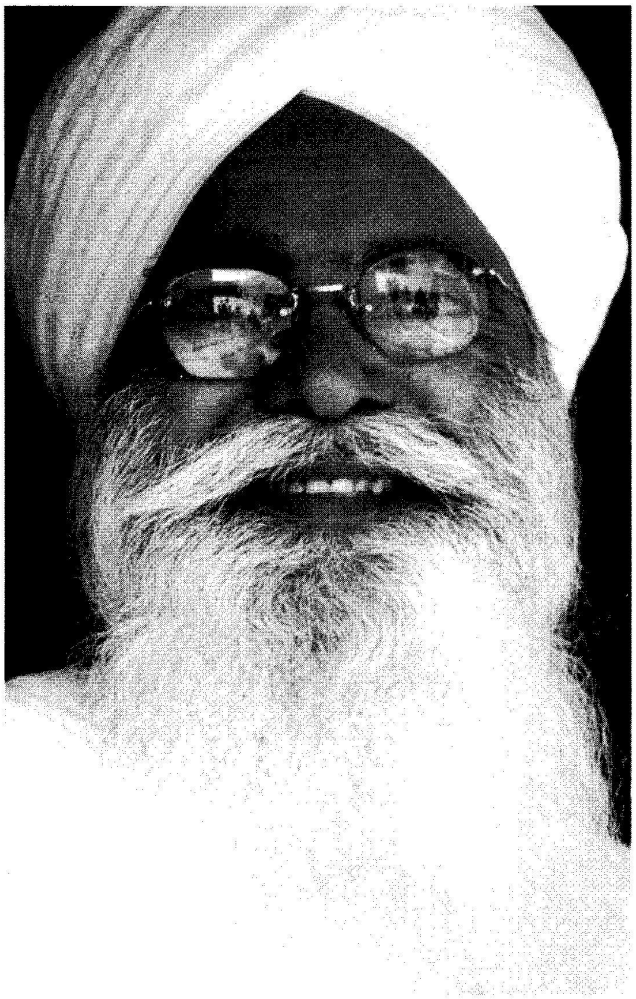
Otro momento feliz en mi vida fue una vez que ingresé a un templo a dormir. Cuando el sacerdote a cargo del templo me vio acostado en un sitio de oración se irritó conmigo. Me tomó de una pierna y trató de arrastrarme fuera de aquel lugar. Mientras me arrastraba escaleras abajo, mi cabeza golpeaba cada escalón hasta llegar al piso. Pero cada vez que

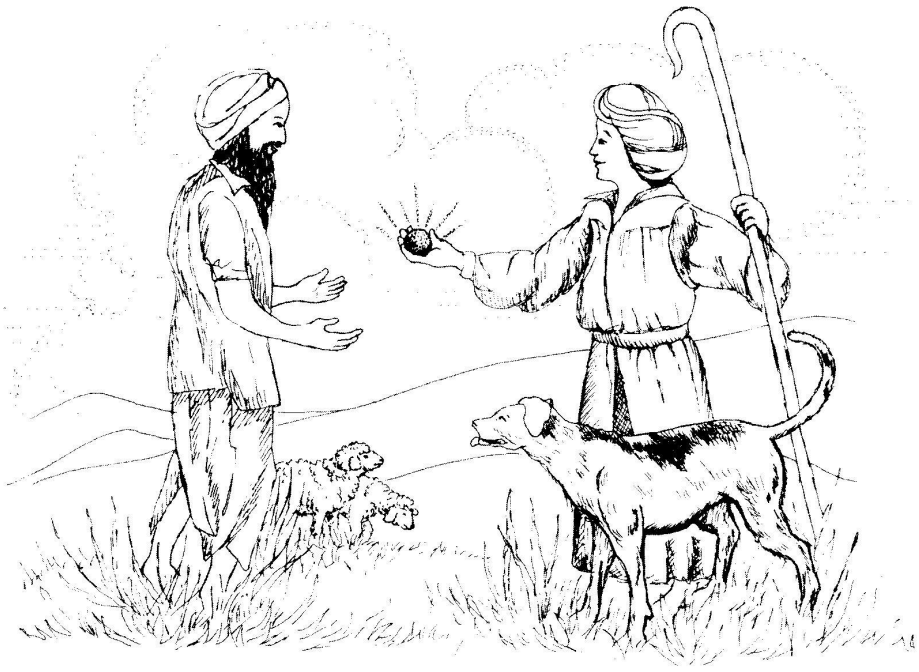


golpeaba con la cabeza un escalón, el golpe abría mi ojo interno. En un escalón recibía un secreto de Dios, en el siguiente escalón recibía otro. Me sentí muy feliz. Cuando llegué al último escalón me sentí muy triste de que todo terminara allí. Si hubiera continuado, habría recibido muchos más secretos de Dios."

* * *

El Gurú Arjan Dev nos ha dicho: "Si deseamos ver a Dios, debemos acudir a aquellos que han encontrado a Dios dentro sí mismos. En su compañía, podemos aprender a encontrarnos con El directamente." Kabir solía decir que el camino que nos conduce a Dios no se encuentra comiendo, bebiendo y gozando de las cosas del mundo. Lo obtiene aquel que sirve a Dios y a su creación con un corazón amoroso y además, mantiene una vida pura.





Para obtener la piedra filosofal

Al rey Bhoj, que era muy estudioso, le gustaba leer y aprender de los demás. En toda la India se lo conocía como un gran maestro del idioma y la escritura. Además, su corte estaba llena de grandes expertos, cuya labor era conocer ampliamente todos los temas. Parecía como si no hubiera una sola pregunta que estos hombres no pudieran responder.

Ocurrió, sin embargo, que cierto día llegó al palacio del rey Bhoj una persona con una pregunta que nadie sabía cómo responder. Su pregunta era: "¿Cuál es aquel pozo del cual uno nunca puede salir?" Los sabios de la corte escucharon la pregunta y, uno a uno, ofrecieron su mejor respuesta, pero ninguna resultó suficientemente buena.

Finalmente, el rey Bhoj acudió al sabio más estudioso y respetado de todos. "*Pandit* Ji", dijo el rey al sabio, quien además era una especie de sacerdote. "Quisiera obtener respuesta a una pregunta. La necesito antes de una semana, o perderás el trabajo que te he dado en mi corte, y te verás obligado a irte en medio de la humillación. La pregunta es: "¿Cuál es aquel pozo del cual uno nunca puede salir?". El *pandit* sabía que un pozo era un foso muy profundo en la tierra, pero no acertaba a decir nada más que eso.

Temiendo por su suerte si no respondía correctamente, el *pandit* pasó muchas horas pensando en la respuesta que daría al rey Bhoj. Al final, sumido en un estado de honda amargura, decidió internarse en un bosque vecino para encontrar la respuesta. Mientras caminaba por uno de los lugares más solitarios del bosque, se encontró con un pastor, quien era iniciado de un Maestro perfecto.

Al notar el pastor el rostro de preocupación del *pandit*, le preguntó en tono amable: "Querido *pandit*, ¿hay algo que te preocupa? Te ves muy triste". El *pandit* respondió: "Si, es verdad. Estoy muy preocupado. Tengo que encontrar la respuesta a una pregunta casi imposible de responder. Simplemente no puedo imaginar un pozo dentro del cual uno pueda caer, pero nunca salir de allí. ¿Qué puede significar este tipo de pregunta?".

El pastor pensó un momento y luego respondió: "Quizá puedo ayudarte. Tengo en el bolsillo algo muy especial que se llama *piedra filosofal*. Es una piedra mágica que transforma el hierro en oro. ¡Si tuvieras una piedra como ésta, nunca más tendrías que trabajar, ni siquiera para un rey, porque serías muy rico! Podrías convertir todo el hierro del mundo en oro. Estoy dispuesto a darte esta piedra, si la deseas. Sólo tendrás que hacer exactamente lo que yo te diga".

El *pandit* se emocionó mucho con la idea de volverse rico y quedar libre de problemas en un solo instante, y respondió: "¡Haré lo que tú me pidas!". "Muy bien", dijo el pastor, "tan sólo debes hacer algo muy sencillo: convertirte en mi discípulo. Basta con que me aceptes como tu Maestro para darte la piedra mágica".

Al escuchar el *pandit* aquello que el pastor pedía a cambio de aquella piedra, pensó: "Es absurdo que esta persona tan simple se convierta en mi Maestro. No es más que un pastor, mientras yo soy un estudioso al servicio del rey. ¡Imposible!". Sin embargo, le volvió a la mente el recuerdo de la piedra mágica y rápidamente cambió de parecer. Se imaginó todas las riquezas que podrían ser suyas, y exclamó: "¡Está bien, acepto, serás mi Maestro!".

Sin embargo, al escuchar esta respuesta, el pastor movió la cabeza, y replicó: "Lo siento, te demoraste mucho en decidirte. Perdí buena parte de mi tiempo esperando tu respuesta; por lo tanto, ahora solo podré darte la piedra después de que tomes leche de oveja". "¿Leche de oveja?", pensó el *pandit*, "¡nadie toma leche de oveja! Además, es algo que va en contra de mi religión". Entonces protestó: "¡No, no tomaré leche de oveja!" Pero mientras hablaba, recordó la piedra mágica, y pensó: "¡Oh, es preciso que obtenga esa piedra!", así que agregó sin demora: "Está bien, lo haré, tomaré leche de oveja". Y de esta manera, cedió otra vez.

Pero el pastor, sin suavizar su actitud, le dijo: "No te puedo dar la piedra filosofal. Tomaste mucho tiempo en decidirte. No obstante, habiendo llegado a este punto, puedo

darte la piedra solamente si tomas la leche del plato donde come mi perro". "¿Tomar leche del plato sucio de un perro?", pensó el *pandit*, "¡Eso ya es demasiado!". Pese a ello, recordó la piedra maravillosa que sería suya, y aceptó: "¡Muy bien! tomaré la leche del plato de tu perro".

"No," contestó el pastor, "de nuevo tardaste demasiado en responderme. No lo dudes, esta piedra pronto será tuya, pero antes, debes tomar la leche de oveja del plato de mi perro, mezclada con algo de suciedad y servida en una calavera humana. ¡Toma eso, y la piedra será tuya!" En ese momento, el *pandit* ya no demoró ni un instante pensando si lo que se le pedía hacer era correcto o no. Tan rápido como pudo articular las palabras en la boca, exclamó: "¡Sí, sí, lo haré! ¡Haré lo que me pides, lo haré!".

Así que el pastor se retiró a mezclar la suciedad con la leche, regresó con la mezcla preparada y se la entregó al *pandit*. Cuando éste acercó a los labios la calavera llena de leche sucia y de color oscuro, el pastor habló: "Querido *pandit*, observa lo que estás dispuesto a hacer, y lo haces tan solo por algo que deseas. ¡Deseas el oro!". Mientras el *pandit* escuchaba sus palabras en silencio, el pastor le explicó: "Has llegado al fondo del pozo. El deseo que te anima es el pozo sin fondo por el que estabas preguntando". En ese momento, el *pandit* recordó la pregunta que se había propuesto responder en su paseo por el bosque. "Ahora, mi querido *pandit*", añadió el pastor, "estoy seguro de que puedes captar fácilmente la respuesta a tu pregunta. El deseo o, más claramente, la codicia, es el pozo tenebroso del cual uno nunca podrá salir después de haber caído en él".

* * *

Así fue cómo el respetado pandit *al servicio del rey aprendió una lección que jamás olvidaría y, al mismo tiempo, estuvo en condiciones de ofrecer una muy sabia y acertada respuesta al rey. La codicia es una enfermedad que sólo un Maestro perfecto y su Naam pueden curar. Como dice Nanak: "Un hombre codicioso empleará la última hora de vida que le queda en la tierra tratando de enriquecerse".*

Arband: un nuevo nombre de Dios

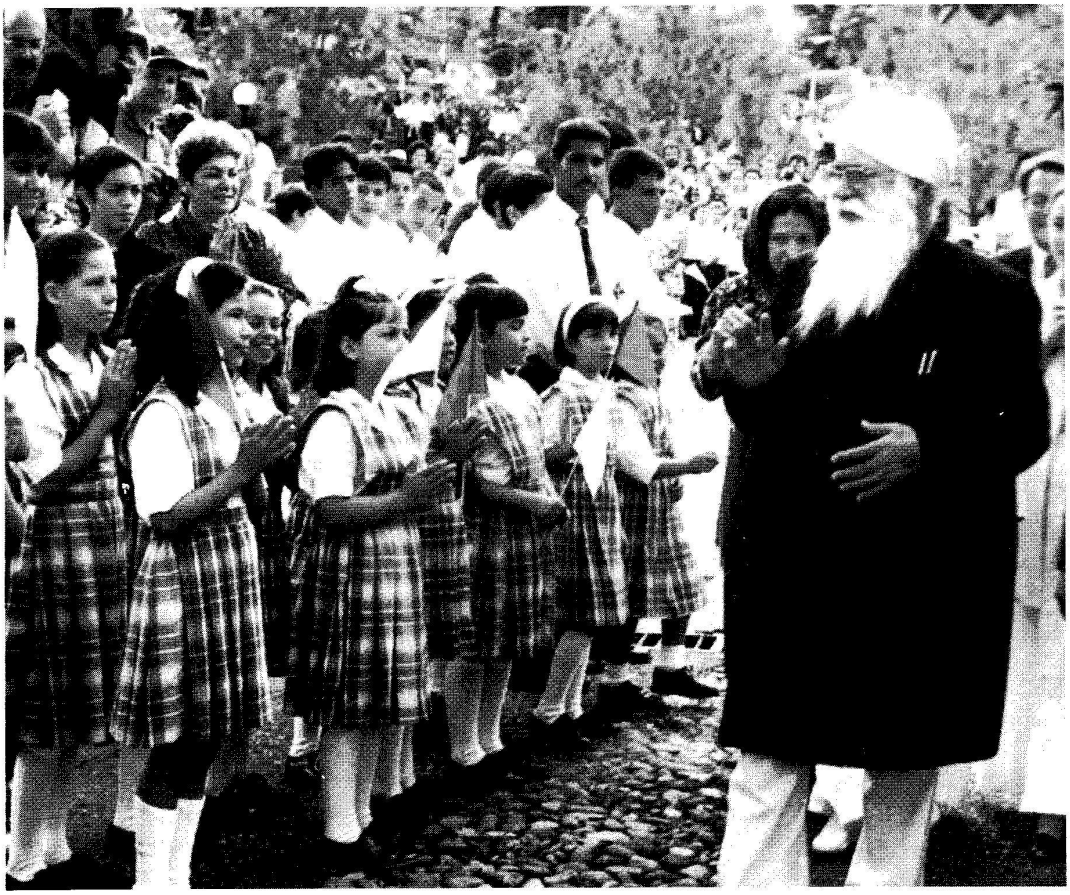
Había una vez un granjero que araba el campo, regaba las plantas y trabajaba de sol a sol haciendo lo único que sabía: cultivar la tierra. Pero cuando se trataba de otros asuntos como la lectura, la escritura o cómo desenvolverse en el mundo, él no sabía mayor cosa, puesto que nunca había asistido al colegio. El granjero era un hombre muy sencillo.

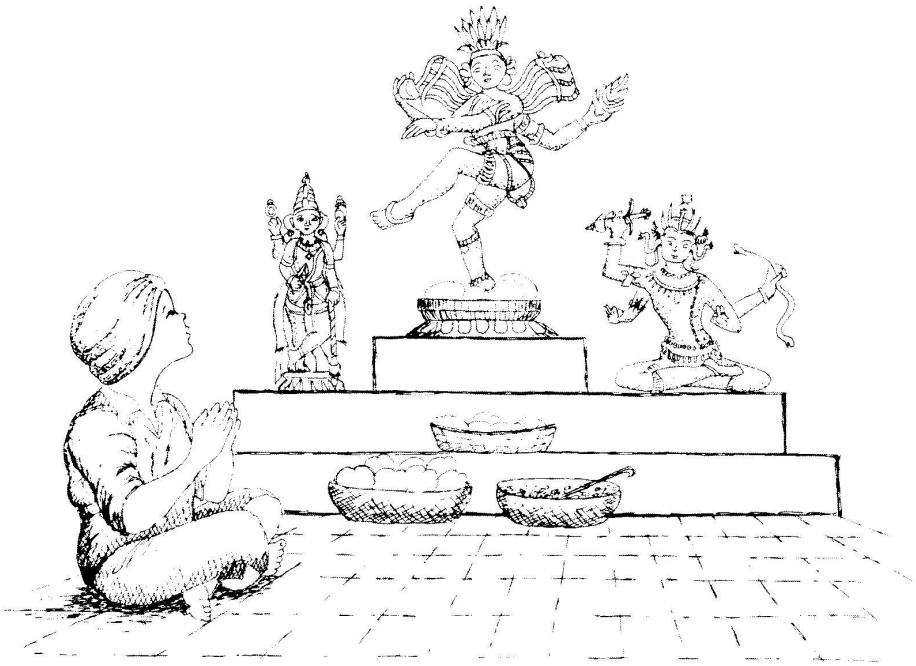
Sucedió que un día, mientras hacía las tareas del campo, un hombre de santidad pasó por aquel lugar. Aunque era el tipo de persona espiritual que había meditado y tenido un vislumbre de los planos internos, estaba lejos de ser perfecto. Sin embargo, el granjero rebosaba de felicidad pensando en la buena suerte que había tenido de recibir la visita de una persona tan sabia, alguien que le podía contar acerca de Dios, de quien el granjero no sabía casi nada. "No sé gran cosa", le dijo el granjero al santo visitante. "No puedo leer, escribir, ni recordar palabras importantes, pero me gustaría aprender una palabra sagrada que fuera fácil de repetir durante el tiempo en que trabajo, un nombre con el cual pudiera recordar a Dios. De esta manera podría estar haciendo alguna devoción. ¿Podrías enseñarme un nombre que nunca logre olvidar?"

Sin embargo, Lakshamí escuchó las palabras del granjero al pie de la letra y pensó: "Él dice que está recordando a mi esposo. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo saber que yo soy la esposa del Señor Vishnú?" Le causó tan buena impresión la respuesta de este pobre campesino, que se formó la idea de que había hablado con un gran hombre. "¡Este granjero tiene que ser el más grande devoto de Vishnú!", pensó Lakshamí, "¡él lo sabe todo, parece un Dios!".

* * *

El granjero que oró de esa manera, repitiendo la palabra 'calzoncillos', encontró respeto y se cubrió de gloria, al menos ante los ojos de Lakshamí. Gracias a su devoción sincera, sus oraciones fueron escuchadas y fue bendecido con la protección de Dios.





Tres historias sobre Namdev

Comida para los ídolos

Bhagat Namdev se crió en una familia que se ganaba la vida tiñendo ropa y que tenía como religión la adoración de ídolos. El altar de la familia estaba lleno de muchos ídolos de piedra esculpidos por su propio padre. Cada mañana, antes de comenzar sus oraciones, el padre de Namdev colocaba como ofrenda ante sus ídolos, tazas llenas de comida fresca y leche. Para el padre, esto era solamente una costumbre religiosa, pues todo el mundo sabe que las piedras no comen ni beben nada. En otro momento del día, él mismo regresaba al altar y se comía toda la comida. Pero para Namdev, ver los tazones vacíos en el altar de su padre, significaba que Dios estaba complacido con la ofrenda hecha por su familia, y que la había recibido.

Una vez, el padre de Namdev tuvo que salir de su casa un par de días por motivo de su trabajo, de modo que dijo a Namdev: "Querido hijo, tengo que salir. Pero mientras esté ausente, quiero que adores a los ídolos y les ofrezcas comida, así como lo hago yo". A la mañana siguiente cuando Namdev estuvo solo, reunió la comida y la leche y las colocó ante los ídolos del modo en que lo hacía su padre. Después de eso, se sentó a hacer la adoración y a esperar que los ídolos empezaran a comer. Pero, a pesar de sus buenos deseos, los ídolos no probaron el alimento. Ellos permanecieron tan inmóviles como la piedra, e igual ocurrió con la ofrenda de Namdev: permaneció intacta en las tazas.

Viendo Namdev que la comida no era aceptada por los ídolos, comenzó a intranquilizarse y, pensando que tal vez había hecho algo mal, exclamó: "¡Oh Dios, si estás allí, ven y recibe la leche y el alimento; de lo contrario, mi padre se enojará conmigo! Sé que siempre recibes lo que él te ofrece, así que, ¡por favor, ven y recibe también mi ofrenda!".

Namdev continuó orando de este modo, con toda la sinceridad en su corazón, porque en realidad quería encontrar a Dios. Entonces, ocurrió que mientras el muchacho permanecía sentado en profunda oración, Dios vino hasta Namdev, como era su deseo, le reveló su forma y bebió la leche que él tan amorosamente le había colocado como ofrenda.

Ahora que Namdev había visto a Dios en su verdadera forma, sabía que la adoración de ídolos que hacía su padre era inútil. Incluso Dios mismo le dijo eso. Y sentía dolor en el corazón de pensar que sus padres practicaran esa forma tan inferior de adoración, por lo cual decidió enseñarles de alguna manera la verdad.

A la mañana siguiente, Namdev fue al altar de su padre y rompió todos los ídolos excepto uno, el más grande, y colocó un martillo al lado de él. Cuando el padre de Namdev regresó a casa, fue directo al altar a ofrecer alimento y adorar a los ídolos como de costumbre, pero encontró que casi todos ellos estaban rotos. Confundido y sobresaltado, fue rápidamente en busca de Namdev y le dijo: "Te pedí que le ofrecieras comida a los ídolos, pero ¿qué ocurrió?" Namdev contestó: "Padre, ¿qué te puedo decir? Ayer por la mañana cuando entré, encontré que todos los dioses estaban peleando unos contra otros. Entonces, el ídolo más grande tomó un martillo y los destrozó a todos. Como ves, él todavía tiene el martillo a su lado como prueba de lo que hizo". El padre de Namdev replicó: "Esto es una vergüenza, ¿cómo pudieron haber estado peleando los ídolos?, ¡si ellos ni siquiera pueden moverse!" Bhagat Namdev le contestó: "Padre, si estás seguro de que tus ídolos no pueden moverse solos, ¿cómo pueden protegerte y darte lo que necesitas? ¿Por qué haces esa clase de adoración?" Y de esta forma, Namdev le enseñó a su padre una lección.

Telas para vender a Dios

Bhagat Namdev se ganaba la vida trabajando como tintorero, es decir, tiñendo ropa. Vivía una vida sencilla y no trabajaba demasiado. Siempre que llegaba a casa, su familia le preguntaba: "¿Ya estás aquí? ¿Por qué no estás allá afuera ganando dinero?". El contestaba: "No puedo encontrar personas que tengan dinero suficiente para comprar mis telas". Él no era muy buen comerciante.

Una vez, la madre de Namdev le dijo: "Si alguien quiere comprar tus telas y no tiene dinero, dile que puede quedarse con ellas y pagarte después". Así que él tomó las telas y las

llevó a vender, como le había enseñado la madre. Al llegar al mercado, dio algunas telas a los mendigos que pasaban por aquel lugar, extendió el resto sobre unas rocas y luego volvió a su casa. Cuando su madre lo vio llegar, le preguntó: "¿Cómo van las ventas?" Él contestó: "Las ventas van bien. Hoy salí de todas las telas. Las personas que las tomaron me pagarán después". La madre le preguntó: "¿Cuándo te pagarán?" Namdev contestó: "Me dijeron que cuando tuvieran el dinero vendrían y nos pagarían". Y después de entregar todas sus preocupaciones del mundo a Dios, Namdev se sentó a meditar.

Namdev ciertamente se libró de los pensamientos del mundo, pero el resto del mundo no dejó de pensar en Namdev. Los vecinos y los aldeanos que estaban en el mercado habían visto cómo él había manejado los negocios del día, y les pareció tan extraño, que fueron a hablar con la familia de Namdev. Los vecinos dijeron a los padres: "Si están esperando que vengan a pagarles las telas que Namdev llevó a vender hoy, sepan que él dio parte de ellas a unos mendigos y colocó el resto sobre unas rocas. Esas rocas y mendigos no van a pagarles, ¿no es verdad?" Y todos quedaron asombrados al saber que Namdev había regalado tantas telas sin recibir ningún pago.

Pero Dios Todopoderoso conoce el corazón de sus amados. Namdev no estaba hecho para el mundo de los negocios porque había entregado su corazón y su mente a Dios. Él se había convertido en servidor de Dios. De modo que mientras Namdev estaba sumido en profunda meditación, Dios mismo llegó a su casa con la apariencia de un cliente común y corriente, pagó todo el dinero por las telas que Namdev había regalado más temprano ese día, y dijo a la familia de Namdev: "He tomado unas telas de Namdev hoy y he venido a pagarlas". Mientras Namdev recordaba a Dios, Dios mismo se presentó en la forma de un hombre e hizo su trabajo. Así, Dios protegió el honor de Namdev, su verdadero devoto, y cuidó de las necesidades de su familia.

El carpintero divino

Cuando Namdev se convirtió en adulto, vivía en una hermosa cabaña. Era una casa tan encantadora, que su vecino sentía envidia y pensó en dañarla. Finalmente, llegó el día en que el vecino logró lo que quería. Le tenía tanta envidia a Namdev, que fue a la cabaña y la destruyó pedazo a pedazo, hasta que no quedó una sola pared en pie.

Sin embargo, Bhagat Namdev no se enojó con el hombre. Después de mirar los escombros de la que había sido su casa, se sentó a meditar y dijo: "No me voy a preocupar por tener una cabaña. Si Dios quiere que siga meditando en una cabaña, Él me la habrá de construir". Y mientras Namdev estaba meditando, perdido en el amor por su Maestro, Dios

llegó hasta aquel sitio y le construyó a Su devoto Namdev una cabaña todavía más hermosa que la anterior, la cual había sido la mejor de la aldea.

Al ver la magnífica cabaña que ahora tenía Namdev, los aldeanos quedaron maravillados por su belleza tan especial. Todos podían ver claramente que era el trabajo de un constructor maravilloso. "Dinos quién te ha hecho esa casa tan excelente" preguntaron los vecinos, admirando su forma y estilo. Uno de ellos dijo: "¡Si ese carpintero me construye una cabaña parecida, le pagaré incluso más de lo que tú le has pagado!"

Pero Namdev guardó silencio. Él sabía que Dios Todopoderoso, el constructor de su cabaña, hace todas estas cosas únicamente por el amante puro que le entrega todo lo suyo al Señor. Entonces, de una manera suave, respondió a los aldeanos: "El gran carpintero que construyó mi cabaña les pedirá que paguen mucho más de lo que ustedes están dispuestos a pagar. Él les pedirá que se desapeguen del mundo y le entreguen todo su corazón. Hagan esto y mi carpintero vendrá a verlos sin que tengan que llamarlo". Dios, quien vive dentro de nosotros, es quien lo hace todo.

El chapati que hacía falta

En cierta ocasión, unos amados le pidieron a un Maestro perfecto que les diera satsang en su casa. En esa época, un Maestro tenía que caminar largas distancias para visitar a todas las personas que querían verlo. Y así ocurrió en este viaje. El Maestro, en su bondad, caminó hasta la casa de su discípulo, dio el satsang y allí mismo pasó la noche, con el fin de descansar para el largo viaje de regreso a casa.

A la mañana siguiente, cuando el Maestro se disponía a emprender su viaje, los amados le ofrecieron tres chapatis rellenos que le habían preparado con mucho amor. El los aceptó, los guardó en una bolsa grande de tela, y luego partió. Cuando el Maestro había comenzado su camino, se le acercó un hombre codicioso con el deseo de acompañarlo, pensando que tal vez el Santo podría darle oro o algo de valor que hiciera valioso su viaje.

Pasado un tiempo, los dos viajeros decidieron descansar cerca de un pozo con suficiente profundidad para bañarse. El Maestro entonces descargó la bolsa que llevaba colgada al hombro y dijo: "Amado, por favor, vigila mis cosas mientras me doy un baño". El hombre codicioso aceptó, pero en cuanto estuvo sentado al lado de las cosas

del Maestro, comenzó a pensar: "Podría haber dinero escondido en esta bolsa, ¡creo que le daré un vistazo!". Así que miró dentro de la bolsa y encontró que allí solo había tres chapatis rellenos. Pero al ver la comida, sintió hambre de inmediato. Y como era un hombre codicioso, quiso quedarse con parte de la comida. Introdujo con cuidado la mano en la bolsa, tomó un chapati y se lo comió. Luego, envolvió los otros dos de manera tal que se vieran como si nadie los hubiese tocado.

Cuando el Maestro terminó de bañarse, le dijo al hombre: "Bueno, comamos los chapatis que prepararon los amados". Pero cuando abrió la bolsa encontró solamente dos chapatis, en vez de los tres que él mismo había empacado esa mañana. "Amado", dijo el Maestro, "¿te comiste uno de los chapatis?" El hombre contestó: "No, Maestro, no he comido nada". El Maestro sabía que no era bueno que el hombre mintiera, pero guardó silencio. Únicamente le dijo: "Bueno, toma un chapati y yo me comeré el otro".

Cuando acabaron de comer, retomaron su camino. Más adelante llegaron a un río muy profundo y correntoso que debían cruzar. Como el Maestro se sentía completamente seguro con la protección de Dios, comenzó a cruzarlo mientras el amado lo acompañaba muy de cerca. Pero cuando empezaron a entrar a las aguas más profundas y oscuras del río, el hombre comenzó a perder confianza y sintió mucho temor de ahogarse. "¡Maestro", rogó el hombre, "haz algo para salvarnos!" El Maestro respondió tranquilamente: "No sientas temor. Sólo recuerda a Dios, el Creador. Él te ayudará a cruzar el río". Una vez que el hombre codicioso recordó a Dios, pudo cruzar fácilmente el río, tal como le había dicho el Maestro.

Cuando estuvieron fuera de todo peligro, el Maestro le dijo: "Amado, Dios te salvó del río, deberías estar agradecido y decir la verdad. ¿Quién se comió el chapati que hace falta?" El hombre codicioso respondió: "No sé quien se lo comió, Maestro, ¡ni siquiera toqué ese chapati!" El Maestro tenía mucha paciencia y no dijo nada.

En su debido momento, los dos viajeros llegaron a un gran bosque que debían atravesar. A medida que avanzaban, se dieron cuenta de que el bosque se extendía delante de ellos como un mar verde casi infinito. Enormes árboles se alzaban alrededor de ellos mientras se aventuraban hacia lo más profundo del bosque, tan sólo para descubrir que los árboles estaban ardiendo y ellos estaban rodeados por las llamas. "¡Maestro!", exclamó el hombre, viendo crecer las llamas, "antes nos salvamos, pero solo era agua. ¡Ahora vamos a morir incinerados!, ¡no hay salida!". "No te preocupes", dijo el Maestro, "sólo ten presente al Dios que te salvó en el río. Si lo recuerdas, Él te rescatará". Entonces, el hombre le oró a Dios con fe total y cruzó a salvo el bosque incendiado. Cuando salieron de él, el Maestro le dijo al hombre: "Dios te ha salvado dos veces. Ahora bien, ¿por qué no piensas en Dios y me cuentas sobre ese chapati que hace falta?". El hombre todavía no quería admitir su falta, de modo que contestó: "Maestro, no sé quién se comió el chapati. ¡Yo ni siquiera sabía que lo tenías!" El Maestro era muy paciente y sólo dijo: "Está bien".

Reanudaron su camino una vez más y a poca distancia de allí, entraron a un bosque profundo habitado por animales salvajes. Dos tigres notaron la presencia de los dos viajeros y comenzaron a avanzar cada vez más hacia ellos. El Maestro no sentía miedo porque tenía fe en Dios. Pero el hombre codicioso exclamó: "Esos tigres nos van a matar y a comer, ¿qué podemos hacer?". "Deberías recordar a Dios", contestó el Maestro. "Ten fe en que Él te ayudará". Entonces, el hombre codicioso recordó a Dios, y al poco tiempo los tigres se alejaron.

El Maestro pensó: "Este hombre se ha salvado tres veces de morir, ya debería haberse dado cuenta de que Dios todo lo ve. Si continúa diciendo mentiras, no se le permitirá entrar al reino de Dios". Entonces, el Maestro dijo a aquel hombre: "Primero Dios te salvó del río y luego del fuego; ahora te ha salvado de los tigres. ¿Por qué no tienes un gesto de agradecimiento con Dios y me cuentas que pasó con el chapati que hace falta? El hombre contestó: "¡Maestro, te habría dicho desde el comienzo si supiera algo acerca de ese chapati! El Maestro dijo: "Bueno", pero sabía que el hombre iba a tener que aprender una lección.

Entonces el Maestro decidió hacer algo para convertir en verdad las mentiras de su compañero de viaje. "Amado", dijo el Maestro, "has estado caminando conmigo por un largo tiempo. Quisiera darte algo como reconocimiento a tus esfuerzos, ¿qué te gustaría tener?" El hombre codicioso contestó: "Bueno, como sabes, soy un hombre pobre, así que me gustaría tener dinero". El Maestro le dijo: "Bien, ve y recoge unas cuantas piedras y las convertiré en oro". De manera que el hombre recogió las piedras, el Maestro las cubrió con un trozo de tela y luego con Su mano. Al instante, todas las piedras se convirtieron en oro, con el cual el Maestro formó tres montones. "Ahora bien", dijo el Maestro, "Dios nos ha dado todo este oro. El primer montón es para ti; el segundo montón es para mí, y el tercer montón es para la persona que se comió el chapati. Veamos quién viene a recibirlo". En seguida, el hombre habló claramente: "Maestro", yo debería recibir el tercer montón. Sé que te juré que no sabía nada del chapati, pero ahora te diré la verdad: soy la persona que se comió el chapati que hacía falta, luego debería recibir ese oro".

* * *

Con solo decir la verdad, se le dio el oro adicional al hombre codicioso. Los Maestros nos enseñan que Dios es la verdad, que Dios está en todas partes y que Dios lo sabe todo. Una persona que dice una mentira necesita decir cien más para tapar la primera. Al decir la verdad y vivir una vida de devoción, nos llenamos del amor de Dios, y nuestro amor y bondad resplandecen hacia los demás. De modo que debemos emplear siempre palabras dulces y decir la verdad.

El secreto de Vir Barbarú

Había una vez un rey con dos cuernos en la cabeza. El rey tenía un barbero especial que sabía de los cuernos, pero no se lo había contado a nadie porque el rey le había pedido silencio. Por voluntad de Dios, aquel barbero abandonó finalmente el cuerpo. Habiendo perdido a su fiel barbero, el rey estaba preocupado por tener que contratar uno nuevo. Pensaba: "¿Qué ocurrirá si el nuevo barbero no puede guardar mi secreto?". A pesar de sus preocupaciones, el rey mandó a llamar a un barbero de nombre Vir Barbarú.

Cuando Vir Barbarú estuvo delante del rey, éste le preguntó: "¿Tú sabes por qué motivo te he llamado?". Vir Barbarú respondió: "Sí, su majestad me ha hecho llamar porque ha escuchado que corto muy bien el cabello". El rey le dijo: "Si, ésa es la primera razón". Luego, quitándose el sombrero y mostrando los cuernos al nuevo barbero, agregó: "¡Y ésta es la segunda razón! Voy a hacerte mi barbero personal, pero no puedes decir a nadie lo que has visto. Si lo haces, ¡te castigaré duramente a ti y a tu familia!".

Vir Barbarú no era bueno para guardar secretos. Si no podía compartir un secreto con otra persona, se enfermaba. Así que cuando Vir Barbarú emprendió el camino de regreso a su casa, estaba nervioso y no se sentía muy bien. En los días siguientes, Vir

Barbarú se sintió cada vez más enfermo, y como no podía compartir su secreto con nadie, el estómago comenzó a crecerle. Entonces hizo ir a los médicos hasta su casa y, aunque todos lo examinaron, nadie pudo curarlo. Finalmente, un médico con mucha experiencia y que sabía sobre enfermedades mentales, acudió a examinarlo y le dijo: "Dime la verdad, ¿qué es lo que te preocupa?", e inclinó el oído hacia Vir Barbarú para que pudiera susurrarle su secreto. Vir Barbarú comenzó a contarle, pero recordando la dura advertencia que le había hecho el rey, se rehusó a continuar: "No, no puedo hacerlo. Si te cuento, eso me ocasionará graves problemas".

Para entonces, Vir Barbarú estaba cada vez más débil, y el estómago le había crecido tanto, que caminaba con dificultad. El experimentado doctor sabía que su paciente iba a morir si no le contaba su secreto a alguna persona, así que le sugirió: "Bueno, dile a cuatro personas que te lleven cargado en la cama hasta un bosque. Y cuando estés seguro de que nadie escucha, cuéntale tu secreto a un árbol".

Vir Barbarú hizo los arreglos para ser conducido a un bosque, tal como el médico lo había solicitado. A continuación, pidió a todas las personas que se alejaran y cuando estuvo seguro de estar completamente solo, caminó lo que más pudo, que no era muy lejos porque el estómago le había crecido mucho. Se detuvo frente al primer árbol que encontró y, con voz fuerte, gritó: "Vir Barbarú dice esto: ¡El rey tiene dos cuernos, pero no le cuentes a nadie más!".

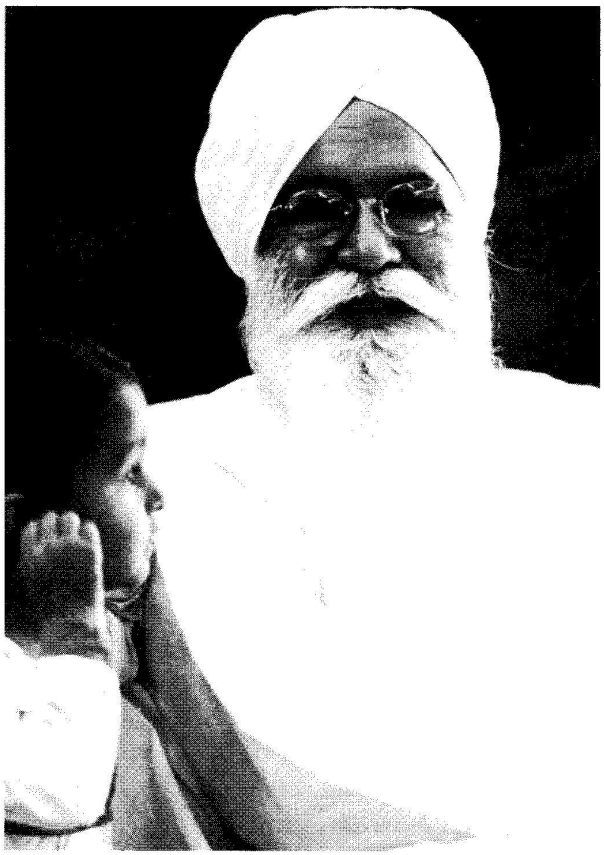
Apenas Vir Barbarú pronunció estas palabras, sintió un gran alivio. Todos los síntomas de su enfermedad desaparecieron, y volvió a su casa. Ahora el árbol era el guardián del secreto del rey. Pero como es ley de la naturaleza que el sonido nunca muere, las palabras pronunciadas por Vir Barbarú penetraron hasta lo profundo del cuerpo del árbol. Cierto día, unos leñadores llegaron al bosque y cortaron este árbol y como se trataba de madera muy buena, fue vendida para fabricar instrumentos musicales.

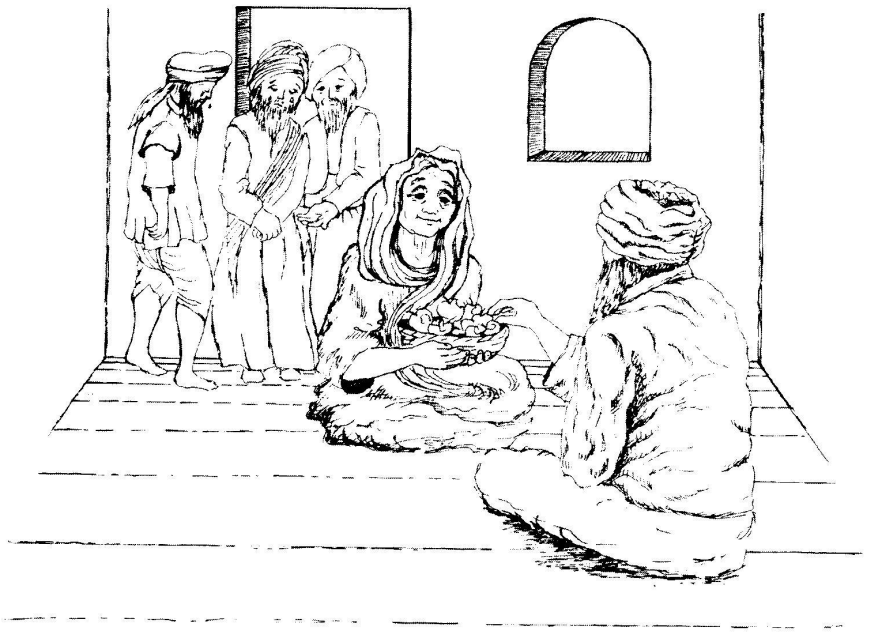
Años más tarde, el rey y la reina tuvieron un hijo. Todos estaban tan felices, que el rey invitó a todos los músicos y bailarines del lugar a celebrar en el palacio. Y coincidió que los instrumentos utilizados por los músicos que acudieron a la celebración habían sido fabricados con la madera del árbol al cual Vir Barbarú le había contado el secreto del rey. Antes de comenzar a tocar, los músicos se dedicaron a afinar sus instrumentos. Cuando el músico que tocaba el armonio hizo sonar la primera nota, se escuchó claramente: "¡El rey tiene dos cuernos!", de manera que los miembros de la audiencia quedaron asombrados y preguntaron: "¿Quién dijo eso?" Luego, en el momento de afinar el tambor, se escuchó: "¡Vir Barbarú dice esto, pero no le cuenten a nadie más!", entonces todos comenzaron a reír. Al final, el rey se dio cuenta de que, a pesar de las advertencias que le había hecho a su barbero, Vir Barbarú no había podido guardar el secreto, así que se quitó el sombrero delante de todos y declaró: "¡Es verdad, realmente tengo dos cuernos en la cabeza!".

* * *

Los secretos son difíciles de guardar. Hasta el Santo Kabir lo decía en uno de sus hermosos himnos a Dios: "¿Cómo puedo permanecer callado si conozco toda tu gloriosa naturaleza?". Cuando Kabir decía esas palabras, estaba alabando los secretos que Dios le había dado a conocer.

Muchos secretos pierden su encanto particular cuando se comparten con otra persona. Eso ocurre con los secretos que nos cuenta un amigo de confianza, pero también con los secretos que Dios nos revela. Por ejemplo, si cuando estamos meditando, el Maestro por Su bondad nos muestra internamente escenas o rostros hermosos, éste es el tipo de secretos acerca de los que debemos guardar silencio. Regalos preciosos como estos debemos recibirlos con espíritu de humildad y gratitud, y mantenerlos en un lugar silencioso de nuestro corazón para compartir únicamente con el Maestro. Si podemos mantener silencio sobre esa riqueza sagrada que Dios nos da, Él seguramente nos dará mucho más. No debemos actuar como Vir Barbarú. Debemos aprender a guardar un secreto.





La devoción de Shivri

Durante la Edad de Plata, una mujer de nombre Shivri vivía en el bosque de Pampasur. Shivri era una persona pobre que habitaba en una choza humilde y pequeña, pero su corazón estaba lleno de amor a Dios y al Señor Rama, el gran avatar de aquella época.

Shivri no era la única persona en el bosque de Pampasur. Allí también vivían muchos yoguis y hombres de santidad, porque se creía que ese lugar era muy bueno para la meditación. Sin embargo, estos yoguis no sabían nada de Shivri, puesto que se trataba de una persona pobre y anciana, a quien consideraban de clase baja y, por tanto, impura. Por su parte, los yoguis se consideraban personas muy importantes debido a las prácticas espirituales y a la meditación que hacían diariamente.

Un día se escuchó una noticia muy emocionante en todo Pampasur. Se decía que el Señor Rama venía en camino hacia este bosque, con la intención de ver a las personas que allí vivían. Los yoguis hablaban entusiasmados entre ellos y decidieron que si el Señor Rama iba de visita a Pampasur, seguramente se hospedaría donde ellos, ya que no había nadie mejor ni más santo que ellos. Cuando Shivri escuchó que su amado Rama venía hacia Pampasur, su corazón desbordó de amor. Ella se dio a la tarea de limpiar el camino por donde seguramente pasaría Rama, de manera que quedara libre de piedras y trozos de madera que pudieran herirle los pies.

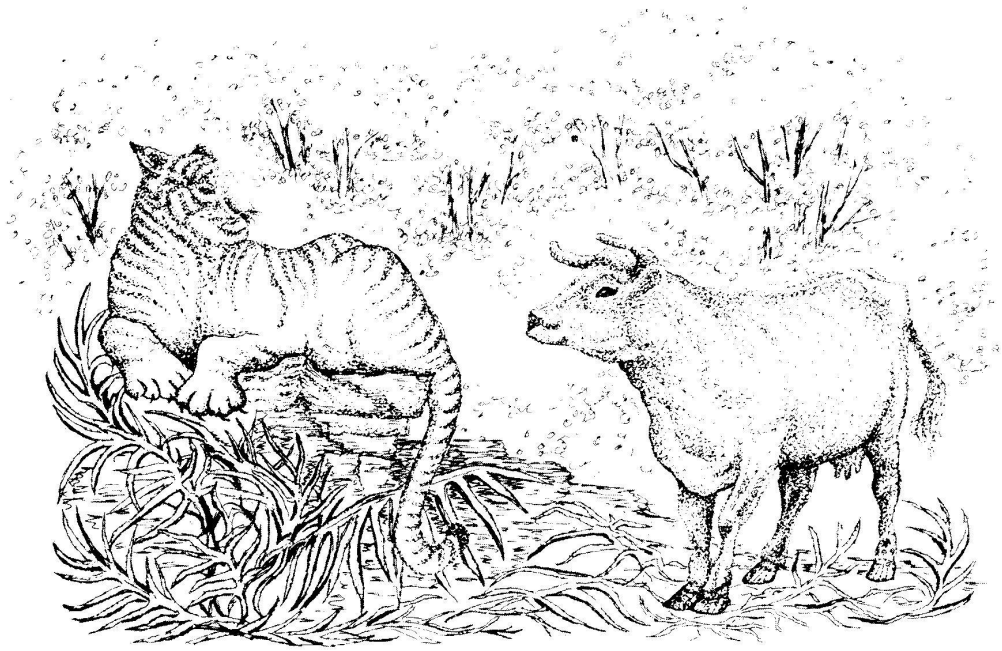
A continuación, Shivri comenzó a pensar en los alimentos que daría a este sagrado huésped. "Si Dios viene hasta mi casa", pensó, "no tengo nada para darle de comer. Iré al bosque y recolectaré las fresas más rojas que encuentre". Shivri se internó en el bosque y recolectó muchas fresas hermosas, pero al regresar a su casa comenzó a preocuparse porque tal vez no fueran lo suficientemente dulces para ofrecer al Señor Rama. Y pensó: "Si estas fresas están ácidas, no serán de su agrado". Así que decidió probar cada una de las fresas y seleccionar únicamente las más dulces para el Señor Rama. En medio de su amor olvidó que, de acuerdo con las leyes hindúes, al probarlas las estaba contaminando.

Cuando finalmente el Señor Rama llegó a Pampasur, no se dirigió a los lugares donde vivían o hacían sus prácticas aquellos yoguis y hombres de santidad. Fue directo a la casa de aquella anciana de clase baja llamada Shivri. Y mientras estuvo en su choza destartalada, se comió todas las fresas que ella había recolectado y probado con tanto amor para él. Las comió con tanto agrado, que los hombres de santidad comenzaron a llorar al sentir que Rama no estaba complacido con ellos.

Los yoguis de Pampasur utilizaban un pozo al cual nunca dejaban acercar a Shivri porque la consideraban una persona impura. Era un pozo con agua de color pardo, como la misma tierra de Pampasur. Durante la visita, los yoguis mostraron el pozo al Señor Rama con la esperanza de que realizara un milagro y lo limpiara. Ellos le pidieron: "Señor, por favor, coloca tus sagrados pies en este pozo nuestro, a fin de que podamos volver a tomar agua de allí". El Señor Rama entendía el problema de agua que tenían los yoguis, pero también quería enseñarles algo sobre la naturaleza del orgullo y el hábito de considerarse uno mejor que los demás. Por consiguiente, Rama respondió: "Bueno, todos ustedes son grandes hombres de santidad y hacen prácticas muy exigentes, ¿por qué no introducen sus pies en el pozo y purifican el agua?". Aunque todos ellos tocaron el agua con los pies, ésta no cambió de color, continuó igual de turbia y oscura que antes. Entonces el Señor Rama colocó los pies dentro del agua sucia del pozo, pero siguió del mismo color pardo que tenía la tierra del parque. "Tengo una idea", les dijo Rama, "yo no pude cambiar el color del pozo, pero quizá deberíamos pedirle a la anciana Shivri que se acerque y lo intente". Entonces pidieron a Shivri que se acercara a la orilla del pozo de los yoguis. Tan pronto como aquella devota mujer introdujo sus pequeños pies en el agua sucia del pozo de Pampasur, ésta se volvió tan limpia y transparente como el cristal.

* * *

Así fue como Rama enseñó una valiosa lección a los yoguis de Pampasur. Ante los ojos de Dios, tan solo cuentan la devoción y el amor. Esas son las cualidades que complacen al Señor.



El tigre y la vaca

Había una vez un tigre que vivía en el bosque. En su vida anterior había sido un hombre, el tipo de ser humano que vive bien y ama a Dios. Pero como sucede con todas las criaturas, le llegó el día en que tuvo que morir. Cuando estaba a punto de dejar el cuerpo, un pensamiento se atravesó en su mente: pensó en comer carne y luego murió. Como su último pensamiento había sido sobre la carne, tuvo que regresar al mundo en el cuerpo de un tigre.

En su nueva vida como tigre, se propuso llevar una buena vida como lo había hecho antes. Así que se fijó una regla de conducta: no comería carne todos los días. De acuerdo con esta regla, él saldría un día determinado a cazar para comer. Al día siguiente, daría muerte a un animal y comería de su carne —como lo hacen los tigres— solamente si el animal se acercaba por su propia cuenta hasta él. Y decidió, además, que el tercer día se abstendría de comer.

En una ocasión ocurrió que una vaca, sin darse cuenta, llegó hasta el sitio donde descansaba el tigre. Y coincidió con que ese día comía únicamente si el animal se le acercaba. Por lo tanto, se preparó para lanzarse sobre la vaca cuando estuvo cerca de él. En el momento en que iba a saltar, la vaca lo vio y le rogó: "¡Señor tigre, tengo un bebé ternero de apenas una semana de nacido, y si pierdo la vida, mi ternero no tendrá quien cuide de él!".

El tigre respondió: "Dios provee de alimento y protege a todas las criaturas. No debes preocuparte. Él cuidará de tu cría". La vaca dijo: "Bueno, ahora que estoy tan cerca de ti, no hay duda que habré de morir. Pero antes de morir, por favor cuéntame una historia que demuestre que Dios cuidará de mi ternero recién nacido".

Durante su vida humana, el tigre había leído muchos libros y conocía muchas leyendas, así que le contó esta historia a la vaca. "Una vez había una familia que viajaba en un barco. Durante la travesía por mar, el barco comenzó a hundirse. En un momento, todos los pasajeros se ahogaron, excepto una madre y su bebé recién nacido, quienes se salvaron al flotar sobre un pedazo de madera. Poco después, la madre también se ahogó y el bebé quedó flotando sobre el trozo de madera. Inesperadamente, una ola surgió y lo empujó hasta una playa de arena, donde permaneció abandonado chupándose el dedo del pie. Allí estuvo durante dos días, protegido y en silencio. Nadie se ocupó de él ni lo molestó durante ese tiempo".

"Al tercer día, un pescador acertó a pasar por allí camino a una jornada de pesca. Al llegar a la orilla, no podía creer que había encontrado ahí abandonado a un hermoso bebé, en buen estado y que parecía estar feliz. Quiso saber quién lo estaría cuidando. Pero al darse cuenta que nadie lo cuidaba, el pescador alzó al bebé, lo colocó en los brazos y para sorpresa suya, notó que se alimentaba con su propio dedo del pie. Aunque resultaba difícil de creer, era claro que Dios había escogido esta manera para cuidar del bebé y lo mantenía al parecer muy saludable".

De esta manera, el tigre dijo a la vaca: "Como puedes ver, la familia comenzó su viaje unida, luego el barco naufragó. Al comienzo el bebé permaneció con la madre, pero después quedó a la deriva sobre un trozo de madera. Durante todo ese tiempo, Dios cuidó de él, y con la ayuda de las olas y la madera, fue arrastrado hasta la orilla, donde pasó un tiempo de descanso. Y aunque allí vivían muchos animales, ninguno se acercó a molestarlo porque tenía la protección de Dios. Finalmente, el pescador lo encontró y lo llevó a su casa. Luego, vaca, puedes darte cuenta de que Dios nos protege a todos. Tú no tienes necesidad de preocuparte por tu ternero".

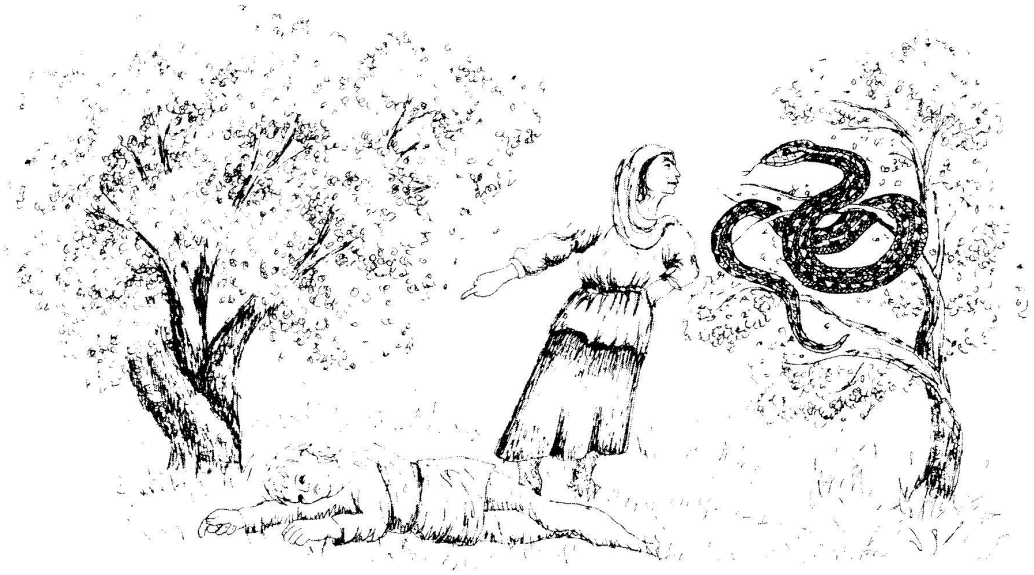
La vaca escuchó con atención la historia del tigre y se convenció de que Dios también cuidaría de su ternero. Entonces dijo al tigre: "Permite que vaya hasta mi casa por última vez a alimentar y darle cariño a mi bebé, y después de eso regresaré a ti y entonces podrás darme muerte".

El tigre le preguntó: "¿Qué certeza puedo tener de que volverás?" La vaca respondió: "Confía en mi palabra. Dios dice que siempre debemos decir la verdad. Y haré lo que estoy diciendo".

El tigre dio crédito a sus palabras y la dejó ir. La vaca fue directamente hasta su cría y la dejó tomar cuanta leche quiso. Poco después, regresó de nuevo al tigre. Cuando éste comprobó que la vaca había actuado tal como lo había prometido, quedó muy sorprendido. Su corazón se sintió conmovido. Ella, en efecto, le había dicho la verdad. Entonces le dijo: "Cumpliste tu palabra, por tanto te dejaré en libertad. De ahora en adelante puedes recorrer los sitios que quieras".

* * *

La verdad es un poder enorme. Como resultado de haber dicho la verdad, la madre vaca se ganó el corazón del tigre y protegió su vida. En la época del Maestro Sawan Singh, en todas partes se conocía a los satsanguis como personas honestas y que nunca decían una mentira. En nuestra vida diaria, el decir siempre la verdad no solo engrandece la vida de un discípulo a los ojos de sus amigos y vecinos, sino que también glorifica el nombre de su Maestro. Los Maestros siempre enseñan a sus discípulos a decir la verdad.



En busca del culpable

Había una vez un estudioso de las escrituras hindúes o *pandit*, como son llamados en la India, que vivía con su esposa y su hijo. La mayor alegría de los padres era el hijo que tenían: un joven muy inteligente y talentoso. Este buen hijo era un *pandit* como su padre y representaba el futuro y la esperanza de sus padres, que ya comenzaban a envejecer.

Un día que el hijo salió a caminar, le ocurrió una desgracia. En el momento en que atravesaba un camino cubierto de polvo, pisó muy cerca de una serpiente venenosa y ésta lo mordió. El joven murió en muy poco tiempo. Para la madre que lo había criado, la muerte de su querido hijo fue como si todos sus sueños se hubieran deshecho. Triste y enojada, maldijo a Dios. "¡Te llevaste a mi hijo!", le gritó, "era muy joven para morir, debiste haber esperado hasta que fuera anciano". Y en medio de su sufrimiento, ella insultó a Dios.

Pero Dios no es sordo al llamado de sus hijos. Al escuchar las palabras amargas de la mujer, Él apareció y le dijo: "Querida madre, ¿por qué me culpas del accidente de tu hijo? Yo no lo hice. Es trabajo de Kal, el poder negativo". De modo que la mujer comenzó a acusar al Señor Kal. Lo maldijo con palabras llenas de rabia hasta que Kal finalmente apareció ante ella diciendo: "Madre, ¿por qué me acusas de la muerte de este joven? ¡No tengo nada que ver en eso! La culpable fue la serpiente que lo mordió, yo no le hice nada".

Entonces la mujer llamó a la serpiente y le dijo: "Serpiente, ¿por qué tenías que morder a mi hijo? Él apenas comenzaba su vida, ¡y ahora ha muerto!" En respuesta al llamado de la madre, la serpiente apareció frente a ella deslizándose y siseando, como hacen las serpientes. "Madre", le dijo, "¿por qué estás diciendo que yo maté a tu hijo? Yo vivía en mi pequeño pedazo de tierra antes de que él siquiera hubiera nacido. Cuando llegó el momento de que lo mordiera, él simplemente caminó frente a mí y lo mordí. Eso fue todo. Pero, en realidad, su muerte no es culpa mía. Debes culpar al Tiempo, porque con seguridad el tiempo de tu hijo se había acabado".

Al escuchar las palabras de la serpiente, la madre preguntó: "Sí, serpiente, entiendo lo que dices, pero dime, ¿qué es el Tiempo y dónde lo encuentro?" Ella le contestó: "El tiempo está relacionado con el sol. Cuando el sol sale comienza el día, y cuando se oculta termina el día. Esto es lo que hace dar vueltas a la rueda del tiempo".

Así que en seguida, la mujer llamó al dios Sol. "¡Eres cruel dios Sol!" le dijo, "por causa tuya murió mi hijo. ¿No tienes corazón?" En un instante, el dios de la luz solar se detuvo resplandeciente ante ella. "Mujer", dijo el dios, "¿por qué me insultas? Yo no maté a tu hijo. Cuando llega el día y mis rayos iluminan la tierra, la gente comete buenos y malos actos. Lo mismo ocurre cuando me ausento durante la noche: hacen las mismas cosas. Pero la verdad es que todos reciben el pago por aquello que hagan. Si hacen buenos actos serán recompensados y si hacen malos actos serán castigados; ésta es la ley del karma. Ahora que ya sabes esto, querida madre, atribuye la culpa a la mala acción que en algún momento cometió tu hijo y que fue la causa de su partida de este mundo cuando todavía era tan joven. ¡Esa mala acción es la verdadera razón por la cual murió!".

Con ánimo tranquilo la madre escuchó y aceptó las palabras sabias del dios Sol porque en el fondo de su corazón, ella sabía que él tenía razón. "Si mi hijo murió por algo malo que hizo en esta vida o en cualquiera otra, entonces, ¿a quién debo culpar?", pensó la madre. "No puedo decir que la culpa es de Dios o de Kal, y ahora no siento el deseo de culpar a la serpiente o al dios Sol. ¡No tengo a nadie a quien culpar, salvo a las malas acciones cometidas por mi hijo!".

* * *

Si tenemos que pagar por todo mal pensamiento, palabra o acto que hagamos, entonces deberíamos hacer únicamente actos buenos. Construimos nuestro futuro con nuestras propias manos, luego hagamos que sea resplandeciente. Con la ayuda de Dios y por medio de la meditación, podemos corregir los errores que hayamos cometido en el pasado.

La iniciación de Sukdev

Sukdev era hijo de un gran hombre de santidad de nombre Ved Vyas. Desde pequeño cuando crecía en el vientre de su madre, Sukdev amaba a Dios y sentía temor del mundo. Al recordar lo que había sufrido en sus numerosas vidas anteriores yendo de un cuerpo a otro, tenía claro que no quería regresar a vivir otra vez en el mundo. También recordaba que las almas se olvidaban de Dios cuando llegaban a la tierra, y para él ése era el peor castigo de todos. Por eso, su mayor deseo era recordar a Dios.

Se dice que Sukdev permaneció doce largos años en el vientre de su madre, negándose a nacer, mientras su padre, Ved Vyas, pasaba el tiempo orando. Ved Vyas era un buen meditador, de modo que fue internamente y le pidió a Dios que ayudara al pobre niño a nacer. Como respuesta a sus oraciones, Dios bendijo a Sukdev con un gran milagro: durante cinco segundos detuvo todo efecto de *maya* en el mundo, es decir, suspendió el engaño de Kal, e hizo que la tierra abundara con la verdad y la gracia de Dios. Las almas que tuvieron la suerte de nacer durante ese tiempo estaban llamadas a convertirse en grandes devotos. Por la misericordia de Dios, Sukdev iba a ser una de estas almas.

Y protegido por Dios, así fue cómo finalmente nació Sukdev. Libre como estaba del ciego olvido que cubre a la mayoría de las almas en este mundo, se entregó a la adoración

de Dios desde el primer momento que llegó a la tierra. Además, nació como un *Avatar* dotado de catorce poderes sobrenaturales. Cuando tuvo edad suficiente para caminar, salía de su casa solo durante largos períodos de tiempo para ir a meditar en la tranquilidad de los bosques. Esto sorprendió mucho a sus padres, ya que ellos habían esperado durante largo tiempo el nacimiento de su querido hijo, y al ver que su única intención era dedicarse a la meditación, le dijeron: "¿Cómo puede ser que acabas de llegar a vivir con tus padres, y ya te estás yendo? ¿No puedes quedarte aquí con nosotros?"

Sukdev contestó: "Queridos padres, sé que no comprenden la razón por la cual debo hacer la devoción de Dios, así que os la explicaré. Cada vez que recuerdo mis últimas cien vidas me lleno de temor, porque fui muy infeliz. Os puedo contar, por ejemplo, que durante diez vidas fui un gato y en cada una de ellas, cuando todavía era muy pequeño, aparecía un gato más grande y me mataba".

"En otra vida, fui un burro que pertenecía a un hombre que se ganaba la vida lavando ropa. Todas las mañanas, después de llevar una pesada carga de ropa hasta el río, él me dejaba libre para que fuera a buscar algo de comer. Yo deambulaba todo el día, de un sitio a otro, en busca de pasto verde pero nunca podía hallarlo. Por la noche, todavía con hambre, llevaba la ropa limpia de regreso a la casa del lavandero. Luego de muchos años de esta vida tan difícil, llegó el día en que estaba muy débil para caminar. Cierto día mientras regresaba del río, caí en un canal que intentaba cruzar y no pude volver a levantarme. El lavandero no tuvo compasión de mí. Me golpeó y me dejó allí a morir. Todo ese día, las personas utilizaron mi cuerpo como puente para cruzar el canal. Los cuervos daban vueltas sobre mí y me miraban como su alimento. Cuando recuerdo ese nacimiento, entiendo el valor de la vida humana y que no debo desperdiciar tiempo con las cosas del mundo".

De manera que desde su temprana niñez Sukdev vivió la vida solitaria de un hombre devoto. Sus meditaciones siempre fueron fructíferas. Podía elevarse y salir del cuerpo a voluntad, así como viajar con facilidad por los planos internos. Con tantas bendiciones que había recibido, Sukdev no sentía la necesidad de ir en busca de un Maestro; pensó que era suficiente con que su padre fuera conocido como un hombre devoto y meditador.

Un día durante la meditación Sukdev se internó en el plano astral, pero tan pronto comenzó a ingresar al cielo de Vishnú, llamado "Vishnú Puri", se vio arrojado abruptamente de allí y advertido de que no podía entrar a los planos más elevados sin un Maestro. Esto lo dejó asombrado y confundido, y a su regreso corrió a hablar con su padre. "Padre", se quejó, "no me dejan entrar al cielo de Vishnú. ¿Es cierto lo que escuché, que debo tener un Maestro?" Ved Vyas le contestó: "Sí, hijo, es verdad. Si quieres elevarte más internamente tendrás que ser iniciado por un Maestro Perfecto. Dios mismo ha hecho esta regla". "Pero, ¿quién será mi Maestro?" preguntó Sukdev queriendo averiguar. Ved Vyas respondió: "El rey Yanak es el único Santo perfecto de este mundo autorizado por Dios para distribuir el

Naam. Vé a verlo y él te conducirá más arriba por el Sendero Interno". "¿El rey Yanak?" exclamó sorprendido Sukdev. "El es un hombre del mundo. Debe serlo, porque vive en palacios espléndidos. En cambio, yo he renunciado a las comodidades del mundo, ¿cómo es posible que pueda aprender algo de un rey?"

Sukdev era tan orgulloso que no lograba convencerse que debía ir a pedir la ayuda del rey. Cada vez que intentaba hacer el largo recorrido hasta al palacio del rey, al poco tiempo lo invadían malos pensamientos contra aquel santo rey, luego daba vuelta y caminaba de regreso a su casa. Semanas después volvía a sentir el impulso de ir a ver al rey. Se ponía nuevamente en marcha hacia el palacio y comenzaba a tener los mismos malos pensamientos que lo habían perturbado antes, y entonces daba vuelta una vez más y emprendía el largo camino de regreso a casa. Doce veces salió Sukdev de su casa para ir a visitar al rey Yanak, y doce veces cambió de parecer. Como la ley de la naturaleza es que cuando pensamos mal de otras personas perdemos lo que hayamos acumulado, Sukdev fue perdiendo poco a poco sus poderes sobrenaturales. Cada vez que tomaba el camino de regreso a casa sin ver al Santo, perdía un poder. En poco tiempo había perdido ya doce poderes y sólo le quedaban dos.

Sukdev desconocía el elevado precio que estaba pagando por acoger esas dudas, pero había un alma que sí lo sabía. Era el sabio Narada cuya residencia está en el cielo. El sabía lo que estaba perdiendo Sukdev y se compadeció a ayudarlo. Para ello hizo un plan que se propuso llevar a cabo la próxima vez que Sukdev intentara ir a ver a Yanak.

Una mañana Sukdev empacó en un atado las dos únicas cosas que poseía y salió con dirección al palacio del santo rey. Por el camino, en un sitio por donde Sukdev debía pasar, Narada hizo aparecer un río y él mismo se detuvo a la orilla a esperar el viajero. Cuando Sukdev llegó hasta allí vio a un anciano, quien en realidad era Narada, arrojando canastadas de tierra y arena a las aguas turbulentas del río. A Sukdev le resultó claro que este hombre tonto estaba intentando construir un embalse para almacenar el agua del río, y sin embargo, toda la tierra que arrojaba allí se perdía rápidamente, ya que era arrastrada por la corriente. Le dijo entonces al hombre: "¡Eres un tonto! Si quieres construir un embalse, primero debes colocar troncos y rocas pesadas. ¡Mira toda la tierra que estás perdiendo!" Entonces Narada miró a Sukdev y dijo: "¿Estás preocupado por lo que yo estoy perdiendo? Hay un tonto mayor que yo. ¡Se llama Sukdev Muni! El ha perdido doce poderes con los cuales nació por tener malos pensamientos de un santo".

Cuando Sukdev escuchó estas palabras, se desmayó y quedó inconsciente. Cuando despertó un tiempo después, miró a su alrededor y notó que el río había desaparecido y el anciano también. Sukdev se había enterado por primera vez de cuanto había perdido por dudar del rey Yanak. Profundamente apesadumbrado, siguió su camino.

Cuando finalmente llegó al palacio, pensó: "Soy el hijo de Ved Vyas; el rey Yanak seguramente deseará invitarme a entrar". Y con este pensamiento se detuvo ante la puerta del palacio esperando al rey. Pero Yanak no se presentó. Esperó durante tres días; sin embargo, nadie lo invitó a pasar. Cuando por fin salió un sirviente, le dijo: "El rey lo atenderá en este momento". Sukdev se levantó de su sitio, entró al palacio y dejó en una esquina del patio la vasija en la cual cocinaba, atada con una prenda de vestir. Al entrar al cuarto del rey esperó escuchar su saludo, sin embargo Yanak no dijo nada. Durante los minutos siguientes, Yanak ideó un plan para enseñar al joven Sukdev una lección que nunca olvidara.

Un sirviente entró corriendo a las habitaciones del rey. "¡Majestad, hay un incendio!", dijo. "El área de los soldados prendió fuego y las llamas la están consumiendo". Al escuchar esto el Rey Yanak respondió con voz calmada: "Es la voluntad de Dios". Sukdev observó el ánimo tranquilo del rey y pensó: "¡Si el rey Yanak tuviera un hijo viviendo en esas instalaciones trataría de apagar el incendio! No se ha preocupado porque esos soldados son hijos de otras personas. ¡Yanak no es un buen rey!" Sukdev comenzó a tener malos pensamientos porque estaba mirando al rey con su mente y no con su alma.

Una vez más entró el sirviente. "Maharaj Ji", dijo, "¡se incendió la ciudad! ¡El fuego la está reduciendo a cenizas!" El Rey Yanak escuchó calmadamente el informe del sirviente, y contestó: "Es la voluntad de Dios". Al escuchar la respuesta tranquila de Yanak, Sukdev pensó: "Desde luego que al rey Yanak no le interesa lo que pasa en la ciudad. ¡El está seguro aquí en el palacio!"

Unos minutos después, el sirviente se presentó corriendo donde el rey con la noticia más grave de todas. "Maharaj Ji", exclamó, "vuestro palacio se ha incendiado. ¡El fuego lo destruirá por completo!" El Rey Yanak escuchó al sirviente y una vez más contestó: "Es la voluntad de Dios". Al escuchar la noticia, Sukdev saltó al recordar que había dejado en el patio su prenda de vestir con la vasija de cocinar. Cuando se disponía a marcharse para ir a rescatarlos, el rey lo detuvo y le dijo con la mirada de alguien que lo sabía todo: "Sukdev, cuando el incendio estaba destruyendo el alojamiento de mis soldados, mi ciudad, y mi palacio, no hice nada para tratar de salvarlos. Pero ahora tú sales corriendo a salvar una olla vieja y un pedazo de tela que no valen nada. Dime, ¿quién de nosotros es realmente un hombre mundano y quién ha renunciado verdaderamente al mundo?" Al escuchar esto, Sukhdev guardó silencio. "¡Luego yo soy el hombre mundano!", pensó con humildad recién descubierta. En un solo instante había entendido algo sobre la grandeza de Yanak.

Cuando finalmente Sukhdev estuvo listo para la iniciación, pidió al rey que le enseñara sobre el Sendero Sagrado. Sin embargo, Yanak dijo: "No, no te voy a iniciar ahora. Tendrás que esperar". Desilusionado, volvió donde Ved Vyas. "Padre", dijo, "¡el rey Yanak no me dará la iniciación!" Ved Vyas contestó: "Has pensado tantas cosas malas de Yanak. Ahora vas a tener que aprender cómo ser humilde". Se dice que Sukdev permaneció doce

años de pie en el basurero al exterior del palacio de Yanak tan sólo para aprender la lección de humildad. Esperando allí pacientemente al rey, permitió que le regaran basura sobre la cabeza y se negó a permitir un mal pensamiento de su mente contra nadie. El sabía que los buenos pensamientos eran el mejor castigo para una mente alocada y sin control.

Finalmente, el Rey Yanak le habló a Sukdev. Le dijo: "Es hora de averiguar si estás listo para el Sendero Sagrado. Si puedes pasar la prueba que te voy a dar, te daré la iniciación. Para hacerte merecedor tendrás que llevar esta taza llena de aceite alrededor de la ciudad sin derramar una sola gota. Si derramas siquiera una pequeña cantidad, el soldado que va detrás tuyo te matará con su espada". Sukdev estaba aterrorizado. Sin embargo, tanto deseaba la iniciación que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirla, luego contestó: "Lo haré".

Antes de que Sukdev comenzara su tarea, Yanak envió a la ciudad muchos bailarines, cantantes y actores notables, pidiéndoles que montaran sus espectáculos en las calles. Había suficientes cosas atractivas de ver y oír con el fin de probar la fortaleza de un joven que se decía deseoso de Dios. A pesar de todo, mientras Sukdev hacía el recorrido por las calles llenas de gente, no pensaba en nada diferente a la tarea que debía cumplir. No vio los actores ni la gente que cantaba en las calles. Avanzaba escoltado por las calles de la ciudad de Yanak, pero tenía los ojos puestos únicamente en la taza de aceite que sostenía firmemente en sus manos.

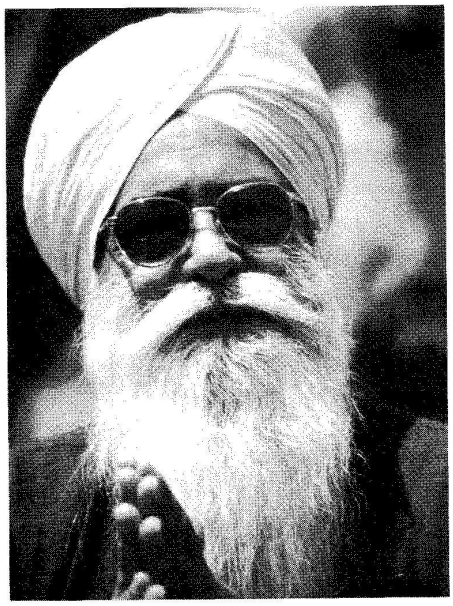
Cuando terminó el recorrido por toda la ciudad y dio los últimos pasos de regreso al palacio, el rey Yanak lo recibió diciendo: "En vista de que has hecho bien la tarea que te he enonmendado, te iniciaré ahora mismo". Entonces el Rey Yanak le preguntó: "¿Qué viste en la ciudad mientras llevabas el aceite en la mano?" Sukdev le contestó: "Maestro, no vi nada. Si hubiera fijado mi atención en las cosas que pusiste en mi camino, habría perdido la oportunidad de la iniciación, y también habría perdido la vida".

Durante la Iniciación que Sukdev había esperado por tanto tiempo, el rey Yanak le dijo a su nuevo discípulo: "Un seguidor del Maestro que anhela realmente a Dios necesita dos cosas. Necesita amor por el Maestro, y necesita temor del Maestro". Y agregó el rey Yanak: "Si tienes temor del Maestro, así como tuviste del hombre que caminaba detrás tuyo con una espada en la mano, harás lo que el Maestro te enseña a hacer. Tan sólo si sientes algo de temor de El, podrás verlo a El únicamente y te olvidarás de todas los encantos y atractivos del mundo. Mientras tratemos de complacer siempre al Maestro, nunca haremos cosas malas".

* * *

Una vez que Dios Todopoderoso abre su puerta a un alma, El la carga en sus brazos y la hace dueña de Sach Khand. Luego, usando todas las formas posibles, El enriquece al alma. Después de la iniciación de Sukdev, Ved Vyas le preguntó a su hijo: "¿Cómo es tu Maestro? ¿Es como el sol?" Sukdev le contestó: "Sí, resplandece como el sol, pero no tiene calor alguno". Luego Ved Vyas le preguntó: "¿El es como la luna?" Sukdev le contestó: "Sí, es fresco como la luna, pero la luna tiene una mancha. ¡Mi Maestro es Perfecto! Mi lengua no lo puede alabar lo suficiente. Mi Maestro lo es todo. Mi Maestro está en todas partes. ¡El es perfecto!"

APENDICE



El Niño Místico

Un extracto de la vida de Ajaib Singh en su niñez, narrado en forma de una historia

Había una vez un niño de rostro y semblante tan hermoso, y además tan conocedor de la voluntad de Dios y de los seres humanos, que todo aquel que lo conocía quedaba encantado con él. Todas las personas que contemplaban sus tiernos ojos, más sabios de lo que revelaban sus años, o que escuchaban sus palabras de consejo, se sentían más aliviadas, iluminadas y amadas.

Sin embargo, a pesar de que el niño era una joya preciosa como ninguna otra, en su interior no se sentía feliz. Aunque había nacido en el hogar de una familia rica y recibido de sus padres todas las comodidades del mundo, no encontraba paz interior. Este encantador niño místico, la fuente de tan delicada alegría para los demás, vivía afligido por una herida oculta que nadie conocía, salvo Dios y Aquel a quien Dios iba a enviar a visitarlo.

Tan pronto como el niño tuvo edad suficiente para viajar por su cuenta, abandonó las comodidades de su hogar y empezó a recorrer los campos en busca de Aquel Ser Verdadero, de aquel sabio Gurú, que pudiera aliviar su dolor del mundo y conducirlo hacia la Luz. El niño recorrió numerosos pueblos y lugares inhóspitos. Conoció hombres de santidad que podían volar y estuvo con yoguis que se torturaban para obtener la bendición de Dios, pero Aquel que era el anhelo de su alma permanecía oculto a sus ojos.

Su profundo anhelo era la luz que iluminaba su búsqueda
La búsqueda se convirtió en su vida

Y el mundo se transformó en un camino interminable
que se extendía sin fin en el horizonte

Con el tiempo, el niño creció rodeado de gracia y belleza incomparables, una flor única en el jardín de los seres humanos. Para quienes amaban la Luz, él brillaba como un faro de luz y los guiaba por los ásperos caminos de la vida. Y quienes preferían vivir en la oscuridad, se ocultaban avergonzados al percibir el resplandor de su perfección.

El clamor del devoto que tenga un profundo anhelo jamás queda sin respuesta. Cada lágrima suya es atesorada y tomada en cuenta en el corazón infinito de Dios. Y así ocurrió a este joven buscador. En el momento perfectamente escogido por Dios, aquel Ser Elevado a quien el joven había estado buscando, llegó hasta él. Primero lo hizo durante la meditación, en momentos de ferviente comunión con la vida interna, cuando el Sacratísimo Señor iluminaba el ojo interno del joven con Su resplandeciente forma tan encantadora de contemplar, que su corazón rebosaba de felicidad. Y después llegó hasta él en persona. Y así como una tormenta de lluvia en mitad del verano bendice hasta la tierra más seca, ¡la llegada del Gurú hizo florecer de manera espléndida cada fase de la vida del joven! El grandioso Ser que había iluminado la vida interna del joven, ahora se presentaba jubiloso en su vida externa, revestido con un cuerpo humano, con volumen y sustancia, y no meramente como un espíritu alado. Él llegó como un torrente de amor, dando, dando y dando, sin límite ni explicación alguna.

Días después de aquel memorable encuentro del joven con el guía de su alma, se decía que el hermoso Gurú, en un momento dado, se había transformado en una esfera de luz a la vista de todos. Más tarde, el joven explicó que esa Luz era la verdadera forma de aquel distinguido visitante, porque el Sacratísimo Señor no era otro que Dios en persona.

De aquella época en adelante, todo cambió en la vida del joven. En lo externo, tenía el mismo semblante; pero interiormente, estaba renovado. Cuando respiraba, era el aliento de vida de su Amado el que se agitaba en su pecho. Cuando reía, era la risa de su Gurú la que bullía burbujeante en su interior. Sus pasos ya no eran los suyos; sus pensamientos habían dejado de ser los suyos. Todo el paisaje del mundo se había convertido en un jardín floreciente, en donde la forma del Maestro resplandecía en cada brizna de hierba y en cada piedra. Era como si el joven de nuestra historia hubiera dejado de existir, puesto que su corazón se había abierto a la presencia de Dios y ahora, Aquel a quién él amaba, era el único que moraba en su interior. ¡Por primera vez en su vida, el joven se sintió lleno de felicidad!

* * *

Esta historia del místico joven es, de manera simplificada, la del amado Sant Ajaib Singh —narrador de los relatos incluidos en este libro—, pero es también la espléndida semblanza de todos los grandes santos místicos que han bendecido esta tierra manifestándose físicamente desde el comienzo de los tiempos. Nos hemos enterado de su destacada presencia en una y otra época, por medio de las sagradas escrituras, de los mitos y encuentros personales, y son historias de amor sin límites, sacrificio y devoción. Y todos aquellos que aspiran a seguir sus huellas luminosas son los secretos guardianes del Reino de la Luz, los humildes redentores de la humanidad.

APÉNDICE

¿Cuánto me ama Dios?

El amor es la fuerza de Dios que actúa a través de toda la creación divina. Si observamos una vaca, veremos con cuánto amor lame a su cría. Todos los animales y las aves sienten amor. Un pez ama el agua en que vive. Cuando se lo saca del agua, de la cual depende su vida, se queja con dolor. Y la pequeña polilla que bate las alas delante de nuestra ventana al caer la noche, también siente la atracción del amor. Ella se enamora del cálido resplandor de una lámpara encendida. Para la polilla, el resplandor de la luz es más hermoso que cualquier otra cosa en el mundo. El amor que sienten la vaca, el pez y las polillas es obra de Dios, porque Dios es un Océano de Amor.

Un Santo o Maestro Verdadero también es un Océano de Amor; es Dios en un cuerpo que ha adoptado para vivir en medio de nosotros. Él ha venido a este mundo a enseñarnos, a amarnos y a ser nuestro mejor amigo. El rostro iluminado y hermoso del Maestro brilla con el amor, la luz y la belleza de Dios.

Un hombre que estaba en la búsqueda de Dios, una vez escribió: "Un día mi alma voló hasta lo más alto del cielo en busca de Dios, pero encontré que los cielos estaban vacíos. Dios estaba viviendo en el corazón de los Santos".

Un Maestro ama profundamente a Dios. Así como una mariposa se enamora de las flores de color rosado y amarillo brillantes de las que deriva el sustento, así mismo un Santo ama a Dios, y Dios, a su vez, le da todo al Santo. El Santo es el más amado hijo de Dios. Nosotros también somos hijos de Dios, y el Amor es la sustancia de la que estamos hechos. Así como los padres nos dan lo que necesitamos sin que lo pidamos, así también obra Dios, nuestro Maestro. Él nos da a manos llenas del abundante tesoro de Amor y Felicidad que recibió de Su Maestro.

Una madre de este mundo ama mucho a su hijo. Cuando el hijo se enferma, ella se mueve calladamente alrededor de la cama de su hijo cuidando de él, y no se preocupa de sí misma. Ella nunca sentirá odio por su hijo y lo amará sin importar lo que haga. Una madre renunciará a la única comida que tenga en muchos días para darla a su hijo, aunque ella sienta hambre. La madre está llena de bondad porque ama a su hijo.

Así es como un Santo ama a sus pequeños hijos. Él ama al hijo más que mil madres juntas, porque Dios es amor. El amor entre el Maestro y un discípulo Suyo es el mayor vínculo que puede haber en el mundo. El Maestro estará siempre acompañando a Su hijo discípulo como una sombra, así sea que el discípulo no lo sepa. Si el hijo está triste, Él se preocupa, y está feliz cuando Su hijo se siente en paz. Así como una madre amorosa, el Maestro no se fija en los errores que cometemos y siempre está pendiente de cómo ayudarnos. Él ve a Dios en Sus pequeños hijos y sabe que Su trabajo es ayudarlos a ir más lejos y ser más fuertes incluso que Él.

Si uno se siente solo, el Maestro es nuestro mejor amigo. Cuando cometemos errores, el Maestro nos perdona. Si el Maestro vive lejos, un hijo puede escribirle. El Maestro tiene la respuesta a todos los problemas y la cura para todos nuestros males.

Cuando miramos en Sus ojos, toda tristeza desaparece de nosotros y la felicidad abunda en nuestro corazón. Y lo que es más importante, Él nos enseña sobre nuestro Verdadero Hogar y nos conduce a través de planos internos en los cuales nunca imaginamos que podríamos estar. ¡Ser amado por un Santo de esta naturaleza es el mayor regalo que podemos recibir en el mundo!

Glosario de términos

Bhagat	Un devoto. La persona que se entrega a Dios.
Darshan	La mirada bendita de un ser iluminado. La bendición que concede un Maestro a un discípulo a través de los ojos.
Iniciación	El momento cuando el Maestro Perfecto coloca al discípulo en el sendero que conduce a Dios. Durante la Iniciación, se nos concede un contacto con la Luz y el Sonido internos (ambos, expresiones de Dios). De allí en adelante, el Maestro asume la responsabilidad de enseñar al discípulo y ayudarle a reunirse con Dios.
Kal	El Poder Negativo, nombre que se da a aquel poder que gobierna los tres mundos o planos inferiores. Es el equivalente a 'Lucifer'.
Karma	Ley de causa y efecto según la cual todo aquello que hacemos en este mundo tiene una recompensa o un castigo en un momento futuro o en alguna vida futura. Los karmas se derivan de nuestras acciones buenas o malas.
Naam	Es el 'Nombre', la Corriente de Sonido, o el Poder que irradia Dios Todopoderoso y que nos lleva de regreso a Él. También se conoce como el 'Agua de Vida'.
Meditación en el *Naam*	Es la práctica de fijar la atención en la Luz y el Sonido divinos, es decir, la práctica de conectarse con el Naam.
El Sendero	El camino que conduce a Dios, y que el Maestro perfecto muestra a Sus discípulos.
Maestro perfecto	Un Santo que recibe instrucciones de Dios para conducir a las almas de regreso a Dios. La misión del Maestro Perfecto es impartir Sus enseñanzas a las almas iniciadas por Él, y guiarlas paso a paso por el camino de la espiritualidad.
Sach Khand	La quinta región espiritual, o reino de Paz y Felicidad de donde provienen los Santos. Nuestro Verdadero Hogar.
Satsang	La reunión en la que nos dan a conocer las enseñanzas del Maestro Perfecto. La compañía de los Santos.

A nuestros lectores:

Las ilustraciones que contiene esta edición de "Historias para los Pequeños Hijos de la Luz" han sido reproducidas en un Libro para Colorear que se publica en forma separada.

www.elnaam.org

el paso del rey. Cuando el rey se acercó a la puerta, ella le arrojó encima toda la basura, tal como Kabir le había pedido. Esta vez, Mata Loi se encontró con un rey nuevo y diferente, aunque estaba cubierto de basura de pies a cabeza. El rey se expresó alegremente. "¡Gracias. Gracias, Dios mío!", dijo con mucha humildad. "¡Que Dios bendiga a quien haya hecho esto! Yo soy aun más sucio que toda esta basura!"

Para entonces el rey Ibrahim Adham se encontraba listo para la iniciación. Al cabo de doce años de vida con su Maestro, el Santo llevó al discípulo a un sitio tranquilo y silencioso y le concedió el don más elevado de todos: la Luz celestial de Dios y la Música de las Esferas. Mientras Ibrahim permanecía sentado frente a su amado Maestro, Kabir empezó a contarle sobre los maravillosos mundos internos que había dentro de él, y a medida que Kabir hablaba, el rey empezó a transitar en lo interno por los lugares bellos y luminosos que el Santo le estaba describiendo. Cada una de las regiones del reino glorioso de Dios que se abrían ante los ojos del rey, le producían una felicidad mayor. Y siendo Kabir un Maestro Perfecto y su discípulo un gran amante de Dios, ese rey que había servido con tanto esmero a Kabir, alcanzó un grado perfecto de meditación desde aquella primera sesión.

Un visitante de la corte

Después de su iniciación el rey se fue a vivir solo y a meditar a orillas de un río. Un día mientras el rey estaba sentado a la orilla del río, un cazador acertó a pasar por allí. Pero como son las cosas del destino, el cazador no era un extraño para el rey Ibrahim. El era nada menos que su antiguo primer ministro en el palacio de Bal Bokara.

Aquel hombre de santidad no estaba complacido con la compañía de este humilde campesino; por lo tanto, pensando en deshacerse de él rápidamente, le preguntó: "¿Crees que puedes recordar 'arband'?, es una palabra sencilla". 'Arband', en idioma hindi, significa 'calzoncillos' —la prenda interior de vestir. Y como ese tipo de prenda era la única que el granjero solía ponerse, pensó que recordaría sin falta esa palabra, y respondió satisfecho: "Si, estoy seguro que podré recordar ese nombre. Lo usaré para hacer mis oraciones".

El granjero quedó muy contento. Ahora tenía un nombre que podía recordar sin temor a olvidar y además, ¡lo acercaría a Dios! Tenía tanta fe en el poder de esa palabra, que la repetía sin cesar a lo largo del día. Mientras cultivaba la tierra, iba diciendo: "arband" es decir, 'calzoncillos'. Mientras regaba el jardín, repetía silenciosamente: "calzoncillos, calzoncillos". No entendía exactamente lo que quería decir la palabra, pero de todas maneras estaba en sus oraciones. Él pensaba, sencillamente, que era otro nombre de Dios.

Un día, el dios Vishnú estaba sentado con su esposa Lakshamí en los cielos, observando lo que sucedía en el mundo inferior. De repente, comenzó a reír y Lakshamí le preguntó: "¿Qué sucede?, ¿qué te causa tanta risa?". Vishnú contestó: "Tengo un nuevo devoto, y esta persona me está venerando con otro nombre".

Lakshamí se quejó diciendo: "Siempre me estás hablando de tus devotos y nunca he visto ninguno de ellos. ¿Por qué no me llevas al plano terrenal y me dejas verlos de cerca?". Vishnú accedió a su petición y ambos se dirigieron directo a la casa del granjero.

Cuando llegaron, el granjero estaba en medio de un arduo día de trabajo. Las cosas no estaban saliendo bien. Se sentía cansado y agobiado por problemas de su familia, y estaba inclinado sobre un pozo tratando de sacar agua. Sin embargo, a pesar del mal momento que pasaba, seguía recordando a Dios y repitiendo una y otra vez el nombre que le habían enseñado. "Calzoncillos, calzoncillos", susurraba en voz baja. En aquel momento, Vishnú dijo: "Lakshamí, ¿por qué no vas hasta él y le hablas? Pregúntale sobre su devoción".

Entonces Lakshamí se aproximó al granjero, deseosa de saber si realmente estaba adorando a su esposo, o algún otro dios hindú. "Granjero", preguntó con curiosidad, mientras él levantaba un pesado balde de agua, "¿a cuál Dios estás recordando con esa palabra que repites?"

Entre tanto, el Señor Vishnú miraba desde la distancia tratando de proteger al granjero porque no quería que éste cayera en la vergüenza de decirle a Lakshamí que adoraba a 'calzoncillos'. Luego en el momento de responder, Vishnú le hizo decir: "¡Estoy recordando a su esposo!" El granjero estaba de muy mal humor y en la India, cuando uno dice: "¡Estoy recordando a su esposo!", es como decir: "¡No me moleste, déjeme en paz!". El granjero pronunció esas palabras porque estaba de mal humor como para hablar con alguien.